

condiciones de posibilidad del "sujeto" y del objeto científico son una y la misma. Ya cada avance en el conocimiento de las condiciones sociales de producción de "sujetos" científicos corresponde un avance en el conocimiento del objeto científico, y viceversa. Esto se puede ver más claramente cuando la investigación adopta como objeto al campo científico mismo, esto es, al verdadero *sujeto* del conocimiento científico.

Lejos de socavar los fundamentos de la ciencia social, entonces, la sociología de los determinantes sociales de la práctica sociológica es el único cimiento posible para una posible libertad respecto de estas determinaciones. Y es sólo a condición de valerse del pleno uso de esta libertad, sometiendo a sí mismo continuamente a este análisis, que el sociólogo puede producir una ciencia rigurosa del mundo social que, lejos de sentenciar a los agentes a la jaula de acero de un rígido determinismo, les ofrece los medios de un despertar de la conciencia potencialmente liberador.

PROF. FÉLIX A. LÓPEZ BONDUR
2005-4011



La práctica de la sociología reflexiva

(Seminario de París)

PIERRE BONDUR
✓ LÓPEZ BONDUR

"UNA INVITACIÓN A LA SOCIOLOGÍA
REFLEXIVA". BUENOS AIRES ARGENTINA:
SIGLOS XXI. 2005

Pierre Bourdieu

Me inclino más que a medias a comparar las reglas de Descartes con este precepto de no recuerdo qué químico: si tomas lo que debes y procedes como debes, obtendrás lo que deseas. No admitas nada que no sea verdaderamente obvio (es decir, admite sólo aquello que tienes que admitir); divide el tema en las partes necesarias (es decir, haz lo que tengas que hacer); procede de acuerdo a un orden (el orden según el cual tienes que proceder); proporciona enumeraciones completas (es decir, las que tienes que proporcionar): ése es precisamente el tipo de gente que dice que debes buscar lo bueno y evitar lo malo. Todo lo cual es sin duda apropiado, salvo que falta el criterio de lo bueno y de lo malo.

G. W. Leibniz, *Escritos filosóficos*

1. Transmitir un oficio

Hoy, para hacer una excepción, me gustaría hablar y explicar un poco los propósitos pedagógicos que persigo en este seminario. La próxima vez pediré a cada uno de los participantes que se presente brevemente a sí mismo y que presente su tema de investigación en unas pocas líneas; esto, insisto, de una manera muy casual, sin ninguna preparación especial. Lo que espero no es una presentación formal, es decir, un discurso defensivo cerrado sobre sí mismo cuyo primer objetivo (como es comprensible) sea el de exorcizar el miedo a la crítica, sino más bien una exposición simple, franca y sin pretensiones del trabajo hecho, de las dificultades encontradas, de los problemas descubiertos, etc. Nada es más universal ni universalizable que las dificultades. Cada uno encontrará un consuelo considerable al descubrir que muchas de las dificultades que atribuimos a nuestra propia torpeza o incompetencia

idiosincrásica son universalmente compartidas, y aún más provecho en el consejo supuestamente muy particularizado que le pueda dar.

De paso me gustaría decir que una de todas las disposiciones que desearía ser capaz de inculcar es la habilidad de *aprehender la investigación como un emprendimiento racional* más que como una especie de indagación mística sobre la cual hablamos ampulosamente para tranquilizarnos, pero también con el efecto de incrementar nuestro miedo y angustia. Esta posición realista (lo que no significa que sea cínica) apunta a maximizar el resultado de sus inversiones y una óptima implementación de sus recursos, empezando por el tiempo del que disponen. Sé que esta manera de experimentar el trabajo científico es algo desencantada y desencantadora, y que corro el riesgo de dañar la imagen de sí mismos que a muchos investigadores les gusta mantener. Pero es tal vez la mejor y la única manera de resguardarse de las decepciones mucho más graves que esperan al académico que cae desde lo alto de muchos años de automistificación durante los cuales gastó más energía tratando de conformarse a la imagen glorificada que tiene de la investigación, es decir de sí mismo como investigador, que haciendo simplemente su trabajo.

La presentación de una investigación es desde todo punto de vista exactamente lo opuesto de una exhibición, de un *show*¹ donde el objetivo sea mostrarse e impresionar a otros. Es un discurso donde se *exponen a sí mismos*, asumen riesgos. (Para estar seguro de desactivar sus mecanismos de defensa y de neutralizar las estrategias de presentación de sí que probablemente usen, no vacilaré en darles la palabra por sorpresa y pedirles que hablen sin advertencia previa ni preparación.) Cuanto más se expongan a sí mismos, mayores oportunidades tendrán de beneficiarse de la discusión y más constructivas y bienintencionadas, estoy seguro, serán las críticas y el consejo que reciban.

¹ En inglés en el original.

La manera más eficiente de desembarazarse de los propios errores, así como de los terrores en que suelen tener origen, es aprender a reírse de ellos, cosa que, como muy pronto descubrirán, sucederá con frecuencia...

En su momento —lo haré la próxima vez— presentaré el trabajo de investigación que estoy llevando a cabo actualmente. Entonces, verán en un estado que podríamos llamar de “borrador”, es decir, desordenado, nebuloso, trabajos que suelen conocer sólo en su estado *final*. Al homo academicus le gusta lo terminado. Como los pintores *pompier*s (adocenados, académicos), les gusta hacer que las pinceladas, toques y retoques desaparezcan de sus obras. En ocasiones, me ha procurado una gran angustia descubrir que pintores como Couture, el maestro de Manet, habiendo partido de bocetos magníficos, muy cercanos a la pintura impresionista —que se construyó a sí misma contra la pintura *pompier*—, a menudo esos bocetos “estropearon”, en cierto sentido, al darles los toques finales estipulados por la ética del trabajo bien hecho y bien pulido cuya expresión puede encontrarse en la estética académica.² Trataré de presentar este trabajo de investigación en progreso en su bullente confusión; dentro de ciertos límites, desde luego, pues soy consciente de que, por obvias razones sociales, tengo menos derecho a la confusión que ustedes, y ustedes estarán menos inclinados a concederme ese derecho que yo a ustedes, y en algún sentido con mucha razón (una vez más, sólo en relación con un ideal pedagógico implícito que por cierto merece ser cuestionado, el que nos lleva, por ejemplo, a sopesar el valor de un curso, su resultado pedagógico, por la cantidad y la claridad de las notas que uno toma en él).

Una de las funciones de un seminario como éste es darles una oportunidad de ver *cómo se lleva a cabo realmente el trabajo de investigación*. No tendrán registro completo de todos los contra-

² Véase un análisis histórico de la revolución simbólica que implicó la emergencia de la pintura impresionista en la Francia del siglo XIX en Bourdieu 1987i.

tiempos y errores, de todas las repeticiones que han sido necesarias para producir la transcripción final que los anula. Pero la película en cámara rápida que voy a mostrarles les permitirá hacerse una idea de lo que ocurre en la privacidad del “laboratorio” o, para hablar más modestamente, en el taller —en el sentido del taller del artesano o del pintor del Quattrocento—, es decir, incluirá todos los falsos comienzos, las vacilaciones, los callejones sin salida, los renunciamientos, etc. Investigadores cuyo trabajo se encuentra en distintos estadios de progreso presentarán los objetos que han tratado de construir y se someterán al cuestionamiento de todos los otros que, a la manera de los viejos *compagnons*, los compañeros de trabajo de la profesión, como se dice en el lenguaje del *métier*,³ contribuirán con la experiencia colectiva que han acumulado a lo largo de las pruebas y errores del pasado.

El *summum* del arte en ciencias sociales es, a mi juicio, ser capaz de comprometer apuestas “teóricas” muy altas mediante objetos empíricos muy precisos y a menudo aparentemente mundanos, si no irrisorios. Los científicos sociales tienden a asumir con demasiada facilidad que la importancia sociopolítica de un objeto es suficiente en sí misma para garantizar la importancia del discurso que emiten. Tal vez esto explique por qué los sociólogos más propensos a igualar su importancia con la de su objeto (como hacen algunos de aquellos a quienes hoy interesa el Estado, o el poder) a menudo prestan menor atención al método. Lo que cuenta, en realidad, es el rigor en la *construcción* del objeto. El poder de un modo de pensar nunca se manifiesta más claramente que en su capacidad de transmutar objetos socialmente insignificantes en objetos científicos (como

³ William H. Sewell (1980: pp. 19-39) ofrece una detallada exégesis histórica de la noción de *métier* bajo el Antiguo Régimen. Su compacta caracterización del lenguaje corporativo de la Francia del siglo XVIII merece ser citada puesto que captura dos dimensiones clave del *métier* del sociólogo tal como lo concibe Bourdieu: “*Cens de métier* [la gente del oficio] podría definirse como la intersección del dominio del esfuerzo manual o trabajo con el dominio del arte o inteligencia.”

lo hizo Goffman con la minucia de la interacción cara a cara),⁴ o, lo que equivale a lo mismo, de aproximarse a un objeto socialmente significativo fundamental desde un ángulo inesperado (algo que actualmente estoy intentando al estudiar los efectos del monopolio del Estado sobre los medios de violencia simbólica legítima por medio de un análisis muy bajado a tierra de lo que un certificado —de enfermedad, de invalidez, de escolaridad, etc.— es y hace). En tal sentido, el sociólogo de hoy está, *mutatis mutandi*, en una posición muy similar a la de Manet o Flaubert que, para realizar plenamente el modelo de construcción de la realidad que estaban inventando, tuvieron que aplicarlo a objetos tradicionalmente excluidos del dominio del arte académico, exclusivamente interesado en las personas y cosas socialmente señaladas como importantes, lo que explica que hayan sido acusados de “realismo”. El sociólogo bien podría hacer suyo el lema de Flaubert: “Escribir bien sobre lo mediocre”.

Debemos aprender cómo *traducir problemas altamente abstractos a operaciones científicas totalmente prácticas*, lo cual presupone, como veremos, una relación muy peculiar con lo que ordinariamente se llama “teoría” e “investigación” (*empíria*). En esta empresa, preceptos abstractos como los enunciados en *El oficio de sociólogo* (Bourdieu, Chamboredon y Passeron 1973), si es que tienen la virtud de despertar la atención y ponernos sobre aviso, no son de mucha ayuda. Sin duda porque no hay otra manera de dominar los principios fundamentales de una práctica —la práctica de la investigación científica no es una excepción— que la de practicarlos junto a un guía o entrenador que nos dé seguridad y tranquilidad, que establezca un ejemplo y nos corrija proponiendo, *en la situación*, los preceptos aplicados al *caso particular* que se tiene entre manos.

Por supuesto, podría ocurrir que, después de escuchar una discusión de dos horas sobre la enseñanza de la música, la lógica

⁴ Véase el epitafio que escribió Bourdieu (1983e) para *Le Monde* en ocasión de la repentina muerte de Goffman. Véase también Boltanski 1974.

de los deportes de combate, la emergencia de los mercados habitacionales subsidiados o la teología griega, se pregunten si no han perdido su tiempo y si han aprendido algo. No saldrán de este seminario con resúmenes claros acerca de la acción comunicativa, la teoría de sistemas o incluso las nociones de campo y de habitus. En lugar de dar una exposición formal de la noción de estructura en la matemática moderna y en la física y sobre las condiciones de aplicabilidad del modo de pensamiento estructural a la sociología, como solía hacerlo veinte años atrás⁵ (indudablemente esto era más "impactante"), diré lo mismo pero en una forma práctica, vale decir, por medio de observaciones muy triviales y preguntas elementales —tan elementales, de hecho, que demasiado a menudo nos olvidamos de formularlas— y sumergiéndome, en cada oportunidad, en el detalle de cada estudio particular. Uno realmente puede supervisar una investigación, a fin de cuentas eso es lo que está involucrado aquí, sólo a condición de *hacerlo junto con* el investigador que está a cargo de ella: esto implica que ustedes trabajan sobre la construcción de cuestionarios, sobre la lectura de cuadros estadísticos o interpretando documentos, que de ser necesario sugieren hipótesis, y así sucesivamente. Está claro que, bajo tales condiciones, uno puede supervisar sólo un número muy pequeño de proyectos de investigación, y que aquellos que pretenden supervisar un número muy elevado en realidad no están haciendo lo que dicen hacer.

Dado que lo que ha de ser comunicado consiste esencialmente en un *modus operandi*, un modo de producción científica que presupone un determinado modo de percepción, un conjunto de principios de visión y di-visión, no hay otra manera de adquirirlo que hacer que la gente lo vea en la operación práctica u observe cómo este *habitus científico* (podemos igualmente llamarlo con este nombre) "reacciona" ante las elecciones

⁵ Véase la discusión de Bourdieu (1968b) en "Estructuralismo y teoría del conocimiento sociológico", donde establece su deuda y sus diferencias con el estructuralismo como epistemología social.

prácticas —un tipo de muestreo, un cuestionario, un dilema de codificación, etc.— sin explicarlas necesariamente en forma de preceptos formales.

La enseñanza de un *métier*, un oficio, un negocio o, para decirlo según Durkheim (1956: p. 101), un "arte" social entendido como "práctica pura sin teoría", requiere una pedagogía que es completamente distinta de la adecuada para la enseñanza de conocimientos (*savoirs*). Como se puede ver claramente en sociedades sin escritura ni escuelas —sin que esto deje de ser cierto también respecto de lo que se transmite dentro de sociedades con escolaridad formal e incluso dentro de las escuelas mismas—, una cantidad de modos de pensamiento y acción, y a menudo los más vitales, se transmiten de práctica en práctica, a través de modos prácticos y totales de transmisión fundados en el contacto directo y duradero entre el que enseña y el que aprende ("Haz lo que yo hago").⁶ Historiadores y filósofos de la ciencia, y especialmente los científicos mismos, han observado a menudo que buena parte del oficio del científico se adquiere por medio de modos de transmisión que son enteramente prácticos.⁷ Y la función que desempeña la pedagogía del silencio, que deja poco lugar para la explicación tanto de los esquemas transmitidos como de los esquemas que están operando en el proceso de transmisión mismo, es sin duda mucho mayor en aquellas ciencias donde los contenidos del conocimiento y los modos de pensamiento y de acción son por su parte menos explícitos y menos codificados.

⁶ Véase Bourdieu 1990a. Connerton 1989 proporciona una defensa efectiva y llana de este argumento; también Jackson 1989: cap. 8.

⁷ Véase Kuhn 1970 y Latour y Woolgar 1979. Este punto también es sustentado por Rouse 1987 y Traveek 1989. Donald Schon (1983) muestra en *El profesional reflexivo* que los profesionales (en administración e ingeniería, arquitectura, planificación urbana y psicoterapia) saben más de lo que pueden poner en palabras; como practicantes competentes, "exhiben un tipo de conocimiento en la práctica, la mayor parte del cual es tácito", y confían antes en la improvisación aprendida en acción que en las fórmulas aprendidas en la universidad.

La sociología es una ciencia más avanzada de lo que usualmente se cree, incluso entre los sociólogos. Tal vez un buen criterio de la posición de un científico social dentro de su disciplina sería cuán alta es su idea de lo que debe dominar para estar al tanto de los logros de su ciencia. La propensión a desarrollar una captación sin pretensiones de sus capacidades científicas no puede sino verse incrementada en la medida en que crece su conocimiento de los logros más recientes en materia de método, técnicas, conceptos o teorías. Pero la sociología todavía está poco codificada y formalizada. Por tanto no es posible, como en otros ámbitos, descansar en los automatismos del pensamiento o en aquellos que toman el lugar del pensamiento (en la *evidentia ex terminis*, la “cegada evidencia” de los símbolos que Leibniz solía oponer a la *évidence* cartesiana), o aún en esos códigos de conducta científica apropiada —métodos, protocolos de observación, etc.— que constituyen la ley de los campos científicos más codificados. De manera que para obtener prácticas adecuadas, uno debe contar principalmente con los esquemas encarnados del habitus.

El habitus científico es una regla “hecha hombre”, una regla encarnada o, mejor, un *modus operandi* científico que funciona en un estado práctico de acuerdo con normas de la ciencia sin tener a estas normas como su principio explícito:⁸ es esta clase de “sentido del juego” (*sens du jeu*) el que nos hace hacer lo que hacemos en el momento adecuado sin necesidad de tematizar qué debía hacerse y menos aún el conocimiento de la regla explícita que nos permite generar esta práctica adecuada. De modo que el sociólogo que busca transmitir un habitus científico tiene más en común con un entrenador deportivo de alto nivel que con un profesor de la Sorbona. Dice muy poco a modo de primeros principios o preceptos generales. Desde luego, puede exponerlos como hice yo en *El oficio de sociólogo*, pero sólo si sabe que no puede detenerse allí: no hay nada peor,

⁸ Véase Bourdieu 1990g y Brubaker 1989a para un análisis de la teoría de Bourdieu como un habitus científico de trabajo.

en cierto sentido, que la epistemología cuando se transforma en un tópico de disertación⁹ o de conversación en sociedad, o en un *sustituto de la investigación*. El sociólogo enseña por medio de sugerencias prácticas, y en esto se parece mucho a un entrenador que imita una jugada (“si yo fuera tú haría esto...”) o “corrigiendo” las prácticas a medida que se las ejecuta, en el espíritu de la práctica misma (“Yo no formularía esa pregunta, al menos no de esa forma”).

2. Pensar relacionamente

Todo esto no podría ser más verdadero que cuando se aplica a la construcción del objeto, sin duda la operación más crucial de la investigación y aun así la más completamente ignorada, especialmente por la tradición dominante, organizada como está alrededor de la oposición entre “teoría” y “metodología”. El paradigma (en el sentido de caso ejemplar) de la teoría “teoricista” es el que ofrece la obra de Parsons, ese *melting pot*¹⁰ conceptual producido por la recopilación puramente teórica (esto es, enteramente extraña a cualquier aplicación) de unas pocas grandes *œuvres* selectas (Durkheim, Pareto, Weber, Marshall y, curiosamente, no Marx), reducidas a su dimensión “teórica” o profesoral, o bien, más cercano a nosotros, el ofrecido por el “neofuncionalismo” de Jeffrey Alexander.¹¹ Nacidas de las necesidades de la enseñanza, este tipo de compilaciones eclécticas y clasificatorias sirven para ser

⁹ “Essay” (“ensayo”), escribe Wacquant, e inserta la siguiente nota al pie: “‘Essay’ no retiene la connotación ligeramente peyorativa del francés *dissertation* como discurso vacío y gratuito”. Tal connotación se debe a que el término *dissertation* se aplica a los trabajos ensayísticos producidos como tarea por los alumnos de la escuela media. [T.]

¹⁰ En inglés en el original. (*Melting pot*: crisol, amalgama [T.]).

¹¹ Véase Parsons 1937, Alexander 1980-82, 1985, y *Teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial* de Alexander (1987b), que tuvo origen en una serie de clases para estudiantes de grado.

enseñadas, y para nada más. Por otro lado tenemos la “metodología”, ese catálogo de preceptos que no pertenecen propiamente ni a la epistemología, entendida como reflexión dirigida a descubrir los esquemas de la práctica científica aprehendidos en sus fracasos así como en sus éxitos, ni a la teoría científica. Pienso aquí en Paul Lazarsfeld. La pareja formada por Parsons y Lazarsfeld (con Merton y sus teorías de “mediano alcance”, a mitad de camino entre los dos) formó cierto *holding* científico socialmente muy poderoso, que reinó sobre la sociología mundial durante la mayor parte de las tres décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial.¹² La división entre “teoría” y “metodología” establece como oposición epistemológica una oposición que es constitutiva de la división social del trabajo científico en un momento determinado (expresada por la oposición entre los profesores y el equipo de los departamentos de investigación aplicada).¹³ Yo creo que esta división en dos instancias aisladas debe ser totalmente rechazada, pues estoy convencido de que uno no puede volverse hacia lo concreto mediante la combinación de dos abstracciones.

En realidad, las opciones técnicas más “empíricas” no pueden desentenderse de las opciones más “teóricas” que implica la construcción del objeto. Sólo en función de una determinada construcción del objeto tal método de muestreo, tal técnica de recolección o análisis de datos, etc., se vuelven imperativos. De un modo más preciso, sólo en función de un cuerpo de hipótesis derivadas de un conjunto de presupuestos teóricos, cualquier dato empírico puede funcionar como prueba o, como lo plantean los académicos estadounidenses,

¹² Para elaboraciones adicionales, véase Bourdieu 1988e. Pollak (1979, 1980) esboza un análisis de las actividades de Lazarsfeld dirigidas a exportar metódicamente la ciencia social positivista —cánones e instituciones— fuera de los Estados Unidos.

¹³ Coleman (1990a) ofrece ricas reminiscencias biográficas sobre estos “polos” de la sociología de Columbia y sobre su acercamiento y mutua legitimación en los años cincuenta.

como *evidence*.¹⁴ Ahora bien, a menudo procedemos como si fuera evidente qué puede servir de evidencia porque confiamos en una *rutina cultural*, impuesta e inculcada generalmente a través de la escolaridad (los famosos cursos de “metodología” dictados por las universidades estadounidenses). El fetichismo de la “evidencia” en ocasiones lleva a uno a rechazar trabajos empíricos que no aceptan como autoevidente la definición misma de “evidencia”. Todo investigador reconoce el estatuto de dato sólo a una pequeña fracción de lo dado, y no, como debería ser, a la fracción invocada por su problemática, sino a esa fracción concedida y garantizada por la tradición pedagógica de la que el investigador o investigadora forma parte y, con demasiada frecuencia, sólo por esa tradición.

Es un hecho revelador que “escuelas” enteras o tradiciones de investigación hayan podido desarrollarse alrededor de una técnica de recolección y análisis de datos. Por ejemplo, hoy algunos etnometodólogos no quieren reconocer nada excepto el análisis conversacional reducido a la exégesis de un texto, ignorando por completo los datos sobre el contexto inmediato que podríamos llamar etnográfico (lo que tradicionalmente se etiqueta como “situación”), por no mencionar los datos que les permitirían ubicar esta situación dentro de la estructura social. Estos “datos”, que son (mal)entendidos por lo *concreto* en sí, son en realidad producto de una formidable *abstracción* —es siempre el caso, puesto que los datos son construcciones—, pero en este caso una abstracción que se ignora a sí misma en tanto que tal.¹⁵ Así que encontraremos monomaniacos del modelado lineal, del análisis del discurso, de la observación participante, de la entrevista de final abierto o en profundidad, o de la descripción etnográfica. La adhesión rígida a tal o cual método de

¹⁴ En inglés en el original.

¹⁵ Véase el análisis que hace Bourdieu (1990d) de la interacción discursiva entre los compradores de casas y sus vendedores, y por contraste, compárese su constructivismo estructural con el marco analítico del discurso interaccional directo de Schegloff 1987.

recolección de datos determinará la membresía en una "escuela", siendo los interaccionistas simbólicos, por ejemplo, reconocibles por el culto que rinden a la observación participante, los etnometodólogos por su pasión por el análisis conversacional, los investigadores del logro de estatus por su uso sistemático del análisis de la trayectoria, etc. ¡Y el hecho de combinar el análisis del discurso con la descripción etnográfica será tomado como una ruptura y un audaz desafío al monoteísmo metodológico! Necesitaríamos emprender una crítica similar de las técnicas de análisis estadístico, ya sean las de regresión múltiple, de trayectoria, de redes, de factores o el análisis histórico de los acontecimientos. Una vez más, con pocas excepciones, el monoteísmo es soberano.¹⁶ Cualquier sociología de la sociología, incluso la más rudimentaria, nos enseña que usualmente las acusaciones metodológicas no son sino una manera disfrazada de hacer de la necesidad virtud, de fingir que se desprecia, que se ignora voluntariamente, aquello que en realidad se ignora.

Y necesitaríamos analizar también la retórica de la presentación de datos que, cuando se vuelve un despliegue ostentoso, a menudo sirve para enmascarar errores elementales en la construcción del objeto, mientras que en el extremo opuesto, una exposición rigurosa y económica de lo *pertinente* incurrirá a menudo, si se la mide con la vara de ese exhibicionismo del *datum brutum*, en la sospecha *a priori* de los fetichistas del *protocolo* (en el doble sentido del término) de cierta forma de "evidencia". ¡Pobre ciencia! ¡Cuántos crímenes científicos se cometen en tu nombre!... Para tratar de convertir todas estas críticas en un precepto positivo, sólo diré que debemos precavernos de todo desprecio sectario que se esconda detrás de profesiones de fe excesivamente exclusivas. Debemos tratar, en todos los

¹⁶ "Dénle un martillo a un niño", advierte Abraham Kaplan (1964: p. 112) "y verán cómo le parece que todo merece ser golpeado con él". La discusión emprendida por Everett C. Hughes sobre el "etnocentrismo metodológico" es muy relevante al respecto.

casos, de movilizar todas las técnicas que sean relevantes y prácticamente utilizables, dada la definición del objeto y las principales condiciones de la recolección de datos. Uno puede, por ejemplo, utilizar el análisis de correspondencias para emprender un análisis del discurso, como hice recientemente en el caso de las estrategias de propaganda de diversas firmas involucradas en la construcción de viviendas unifamiliares en Francia (Bourdieu 1990c), o combinar el análisis estadístico más estándar con un conjunto de entrevistas en profundidad u observaciones etnográficas, como intenté hacer en *La distinción* (Bourdieu 1984a). Al fin y al cabo, la investigación social es algo demasiado serio y difícil para nosotros como para permitirnos confundir la *rigidez* científica, que es la némesis de la inteligencia y de la invención, con el *rigor* científico y así privarnos de este o aquel recurso disponible entre la panoplia de las tradiciones intelectuales de nuestra disciplina y de las disciplinas hermanas de la antropología, la economía, la historia, etc. Al respecto, yo estaría tentado a decir que sólo se aplica una regla: "está prohibido prohibir",¹⁷ o, ¡cuidado con el perro metodológico! No hace falta decirlo: la extrema libertad por la que abogo aquí (que me parece obviamente sensata y, permítanme agregar, no tiene nada que ver con la clase de *laissez faire* epistemológico relativista tan de moda en ciertos arrabales) tiene su contrapartida en la extrema vigilancia que debemos aplicar a las condiciones de uso de las técnicas analíticas, y asegurarnos de que se ajusten a la cuestión que tenemos entre manos. Pienso a menudo que nuestra "policía" metodológica (*pères-la-riguer*) demuestra ser bastante poco rigurosa, incluso laxa, en su uso de los mismos métodos de los cuales se manifiesta tan entusiasta.

Tal vez lo que hagamos aquí les parezca insignificante. Pero, en primer lugar, la construcción de un objeto —al menos en mi experiencia personal de investigación— no es algo que

¹⁷ El lector reconocerá aquí el famoso eslógan del Mayo francés, *il est interdit d'interdire*.

se haga de una vez y para siempre, de un solo golpe, por medio de una suerte de acto teórico inaugural. El programa de observación y análisis mediante el cual se efectúa no es una heliografía que uno dibuja de antemano, a la manera de un ingeniero. Es más bien una tarea prolongada y exigente que se completa poco a poco, a través de toda una serie de pequeñas rectificaciones y enmiendas inspiradas por lo que se da en llamar el *métier*, el "know-how", es decir, el conjunto de principios prácticos que orienta elecciones tan menudas como decisivas. De manera que sólo en relación con una noción algo glorificada y bastante poco realista de la investigación podría sorprender a alguien que discutamos extensamente detalles al parecer tan despreciables como si el investigador debe revelar su estatus de sociólogo, adoptar la cubierta de una identidad menos amenazante (digamos, la del etnógrafo o el historiador) o esconderse completamente, o si es mejor incluir tales preguntas en un instrumento de estudio diseñado para el análisis estadístico o reservarlo para entrevistas cara a cara, en profundidad, con un número selecto de informantes, y así sucesivamente.

Esta atención constante a los detalles del proceso de investigación, cuya dimensión propiamente social (cómo encontrar informantes confiables y perspicaces, cómo presentarse ante ellos, cómo explicarles el propósito de la investigación y, de modo más general, cómo "entrar" en el mundo estudiado, etc.) no es la menos importante, debiera tener el efecto de ponerlos sobre aviso contra el fetichismo de los conceptos y de la "teoría", nacido de la propensión a considerar a los instrumentos "teóricos" —habitus, campo, capital, etc.— en sí mismos y por sí mismos, en lugar de ponerlos en acción y hacerlos *trabajar*. Así, la noción de campo funciona como abreviatura conceptual de un modo de construcción del objeto que comanda, u orienta, todas las elecciones prácticas de investigación. Funciona como un *pense-bête*, un ayudamemoria: me dice que debo asegurarme, en cada etapa, de que el objeto que me he dado a mí mismo no esté entrampado en una red de relaciones que le concedan sus propiedades más distintivas. La noción de campo nos re-

cuerda así el primer precepto del método, aquel que exige resistir por todos los medios posibles la inclinación primaria a pensar el mundo social de manera sustancialista. Para decirlo al modo de Cassirer (1923) en *Sustancia y función: se debe pensar relacionamente*. Ahora bien, es más fácil pensar en términos de realidades en cierto sentido "tangibles", como grupos o individuos, que en términos de relaciones. Es más fácil, por ejemplo, pensar la diferenciación social en términos de grupos poblacionales, como hace la noción realista de clase, o incluso de antagonismos entre esos grupos, que en términos de un espacio de relaciones.¹⁸ Los objetos habituales de investigación son realidades que despiertan la atención del científico en tanto "sobresalen", podría decirse, "como cuestiones problemáticas" (por ejemplo, el caso de las madres solteras adolescentes del ghetto negro de Chicago que dependen de la asistencia social). Casi todo el tiempo, los investigadores eligen como objeto de trabajo problemas del ordenamiento y la domesticación social planteados por poblaciones definidas con una mayor o menor arbitrariedad, producidas a partir de la sucesiva compartimentación de una categoría inicial preconstruida: "ancianos", "jóvenes", "inmigrantes", "pobres", "profesionales", etc. Baste como ejemplo "Los jóvenes del proyecto habitacional oeste de Villeurbanne".¹⁹ La prioridad científica fundamental y más apremiante, en todo caso, sería la de *tomar por objeto de estudio el trabajo social de construcción de ese objeto preconstruido*. Allí reside el punto de apoyo de una ruptura genuina.

Sin embargo, para escapar de un modo de pensar realista no basta con utilizar las grandes palabras de la Gran Teoría. Por ejemplo, con relación al poder algunos plantearán cuestiones

¹⁸ Véase Bourdieu 1985a, 1987b, 1989e para algunas elaboraciones de esta cuestión. Bourdieu se basa en la obra del lógico Peter F. Strawson (1959) para fundamentar su concepto relacional del espacio social y del estatuto epistemológico de los individuos en él.

¹⁹ Un equivalente estructural para Estados Unidos sería algo así como los "miembros de pandillas de los proyectos habitacionales del lado sur de Chicago".

sustanciales y realistas de localización (como esos antropólogos culturales que vagaban en una interminable búsqueda del "*locus* de la cultura") y otros preguntarán de dónde viene el poder, si de la cima o de la base ("¿quién gobierna?"), como aquellos sociólogos a los que les preocupaba si el *locus* del cambio lingüístico residía entre los pequeñoburgueses o la burguesía, etc.²⁰ Es con el propósito de romper con este modo sustancialista de pensar, y no por mero entusiasmo de pegar una etiqueta nueva en viejos odres retóricos, que hablo del "campo del poder" en vez de hablar de la clase dominante, siendo esta última un concepto realista que hace referencia a una población concreta de poseedores de esta realidad tangible que llamamos el poder. Por campo del poder me refiero a las relaciones de fuerzas que prevalecen entre aquellas posiciones sociales que garantizan a sus ocupantes un *quantum* de fuerza social, o capital, que los habilita a entrar en las contiendas por el monopolio del poder, contiendas entre las cuales las luchas por definir la forma legítima de poder ocupan una dimensión crucial (pienso aquí en la confrontación entre "artistas" y "burgueses" a fines del siglo XIX).²¹

Dicho esto, una de las dificultades principales de un análisis relacional es que la mayor parte del tiempo los espacios sociales sólo se dan a conocer bajo la forma de propiedades distribuidas entre individuos o instituciones concretas, ya que los datos disponibles están adosados a individuos o instituciones. Así, para comprender el subcampo del poder económico francés y las condiciones socioeconómicas de su reproducción, no quedan demasiadas alternativas aparte de entrevistar

²⁰ Sobre la búsqueda del lugar o *locus* del poder, véase *Who Governs* de Robert Dahl (1961) y su debate acerca de la "estructura de poder de la comunidad" para una visión "desde arriba". La visión "desde abajo" está representada por la tradición de la historiografía proctológica y la antropología reciente (por ejemplo, Scott 1985). Sobre el *locus* del cambio lingüístico, véase Labov 1980.

²¹ Sobre el campo del poder véase Bourdieu 1989a y antes, en la parte 1, sección 3; sobre el choque entre "artistas" y "burgueses" al finalizar el siglo XIX en Francia, véanse Bourdieu 1983d y 1988d, y Charle 1987.

a los doscientos ejecutivos de primera línea del país (Bourdieu y de Saint Martin 1978; Bourdieu 1989a: pp. 396-481). Al hacerlo, no obstante, es preciso cuidarse en todo momento de no caer en una regresión a la "realidad" de las unidades sociales preconstruidas. Para evitarlo, les sugiero utilizar un instrumento muy práctico y simple de construcción del objeto: *un cuadro de las propiedades pertinentes de un conjunto de agentes o instituciones*. Si mi tarea, por ejemplo, es analizar distintos deportes de combate (lucha libre, judo, aikido, boxeo, etc.), instituciones de educación superior o periódicos parisinos, ingresaré cada una de esas instituciones en una línea y crearé una nueva columna cada vez que descubra una nueva propiedad necesaria para caracterizar a una de ellas, poniéndome en la obligación de indagar su ausencia o presencia en todas las demás. Esto puede hacerse en la etapa inicial, puramente inductiva. De allí eliminaré las redundancias y aquellas columnas dedicadas a rasgos estructural o funcionalmente equivalentes, de modo tal de retener todos aquellos—y sólo aquellos— que me permiten diferenciar las instituciones entre sí, es decir, aquellos que resultan analíticamente relevantes. Este instrumento tan sencillo tiene la virtud de obligarnos a un pensamiento relacional tanto de las unidades sociales en consideración como así también de sus propiedades, que pueden ser caracterizadas en términos de presencia y ausencia (sí/no) o de grado (+, 0, -; 1, 2, 3, 4, 5; etcétera.)

Únicamente a expensas de este trabajo de elaboración, que no se hace de golpe sino por ensayo y error, se llega a construir progresivamente espacios sociales que —si bien sólo se revelan bajo la forma de relaciones objetivas altamente abstractas, imposibles de tocar o de "señalar con el dedo"— conforman la realidad total del mundo social. Los remito al trabajo que publiqué recientemente (Bourdieu 1989a) sobre las *Grandes écoles*,²²

²² Las *Grandes écoles* francesas son escuelas de élite para graduados separadas del sistema universitario regular. Incluyen la *École nationale d'administration* (ENA), que prepara a los más altos funcionarios públicos, creada en 1945;

donde cuento, mediante la crónica muy condensada de un proyecto de investigación que llevó casi veinte años, cómo pasa uno de la monografía a un objeto científico de construcción genuina, en este caso el campo de las instituciones académicas encargadas de la reproducción del campo del poder en Francia. En esa cuestión resulta más difícil evitar la trampa del objeto preconstruido en tanto trato con un objeto en el cual estoy por definición interesado, sin saber claramente cuál es el verdadero motivo de tal "interés". Podría ser, por ejemplo, el hecho de haber sido alumno de la *École normale supérieure*.²³ El conocimiento que de ella tengo de primera mano, de lo más pernicioso en tanto es uno desmitificado y desmitificador, genera toda un serie de preguntas por demás ingenuas que resultarán interesantes para cualquier *normalien* en tanto son aquellas que inmediatamente "le vendrían a la cabeza" al preguntarse acerca de su escuela, es decir, acerca de sí mismo: por ejemplo ¿el ranking de ingreso a la escuela contribuye a determinar la elección disciplinar entre matemática y física o "filo" y literatura? (La problemática espontánea, que involucra una considerable medida de complacencia narcisista, suele ser incluso mucho más ingenua que ésta. Para comprobarlo, pueden remitirse a la miríada de volúmenes de pretendido estatus científico publicados en los últimos veinte años acerca de ésta o aquella *Grande école*.) Uno podría terminar escribiendo un libro voluminoso, colmado de hechos en apariencia perfectamente científicos, que no obstante perdiera de vista el centro de la cuestión si, como yo

la *École des hautes études commerciales* (HEC, abierta en 1881), que forma a ejecutivos y expertos en negocios; la *École polytechnique* y la *École Centrale* (para ingenieros, 1794); y la *École normale supérieure* (1794), que forma a los docentes y profesores universitarios de primer nivel. El ingreso a estas escuelas es por medio de exámenes competitivos nacionales altamente selectivos después de uno a cuatro años de educación preparatoria postsecundaria.

²³ Pierre Bourdieu se graduó de la *École normale supérieure* (y por lo tanto se convirtió en un *normalien*) en 1954, tres años después de Foucault, un año antes que Jacques Derrida y junto con el historiador Le Roy Ladurie y el teórico literario Gérard Genette.

creo, la *École normale supérieure*, a la que puedo estar unido por lazos afectivos, ya fueran positivos o negativos como producto de mis investigaciones previas, no es otra cosa en realidad que un punto en un espacio de relaciones objetivas (un punto cuyo "peso" en la estructura tendrá que ser determinado); o si, para ser más preciso, la verdad de esta institución reside en la red de relaciones de oposición y competencia que la vinculan con el conjunto total de las instituciones de educación superior francesas, que a su vez vinculan a esta red con el conjunto total de las posiciones del campo del poder al que estas escuelas habilitan el acceso. Si es cierto que lo real es relacional, entonces quien haya escrito ese libro probablemente no sepa nada de una institución acerca de la que cree saberlo todo, en tanto ella misma no es nada fuera de sus relaciones con la totalidad.

De allí los problemas de estrategia que no es posible evitar, y que aparecerán una y otra vez en nuestras discusiones acerca de proyectos de investigación. El primero de ellos puede plantearse de la siguiente manera: ¿es mejor llevar adelante un estudio extensivo de la totalidad de los elementos relevantes del objeto así construido o abocarse a un estudio intensivo de un fragmento limitado de ese conjunto teórico desprovisto de justificación teórica? Usualmente, la alternativa con mayor consenso, en nombre de una concepción ingenuamente positivista de precisión y "seriedad", es la segunda, la que consiste en "estudiar exhaustivamente un objeto muy preciso y bien delimitado", como les gusta decir a los directores de tesis. (Sería muy fácil demostrar el modo en que virtudes típicamente pequeño-burguesas como "prudencia", "seriedad", "honestidad", etc., sin duda muy apropiadas para administrar un pequeño negocio o conducirse en una posición burocrática intermedia, se transmutan aquí en "método científico"; como así también el modo en que una intrascendencia socialmente aprobada —un "estudio de comunidad" o un informe burocrático— puede acceder a la existencia científica reconocida como resultado de un clásico efecto de magia social.)

En la práctica, veremos que la cuestión de las fronteras de un campo, en apariencia una cuestión positivista a la que podría darse una respuesta teórica (un agente o una institución pertenece a un campo en tanto produce y padece efectos en él), surge una y otra vez. Por ende, deberán enfrentar casi siempre esta alternativa entre el análisis intensivo del fragmento de un objeto prácticamente accesible o el análisis extensivo del verdadero objeto. La utilidad científica de conocer el espacio del que ustedes han aislado al objeto de estudio (una determinada escuela de élite, por ejemplo) y que deben intentar esbozar con cierta aproximación al menos, con datos secundarios siquiera a falta de mejor información, reside en que al saber qué están haciendo y en qué consiste la realidad de la que el fragmento ha sido *abstraído*, serán capaces de bosquejar las principales líneas de fuerza que estructuran el espacio cuyas coerciones pesan sobre el punto en consideración (de manera similar a la de aquellos arquitectos del siglo XIX que dibujaban maravillosos croquis al carboncillo de la totalidad del edificio donde estaba la parte que querían representar en detalle). De este modo, no correrán el riesgo de buscar (y “encontrar”) en el fragmento estudiado mecanismos o principios que son en realidad externos a él, y que debe a sus relaciones con otros objetos.

Construir un objeto científico exige también que ustedes adopten una postura activa y sistemática frente a los “hechos”. Romper con la pasividad empirista, que hace poco más que ratificar las preconstrucciones del sentido común, sin recaer en el discurso vacío de la gran “teorización” requiere no que propongan construcciones teóricas tan grandes como vacías, sino que aborden un caso empírico muy concreto con el propósito de *erigir un modelo* (que no necesita adoptar una forma matemática o abstracta para ser riguroso). Deben relacionar los datos pertinentes de manera tal que funcionen como un programa autopropulsado de investigación capaz de generar preguntas sistemáticas pasibles de recibir respuestas sistemáticas, en suma, producir un sistema coherente de relaciones que pueda ser planteado *como tal* a los demás. El desafío es interrogar *sistemáticamente* el

caso particular constituyéndolo como un “ejemplo particular de lo posible”, según expresa Bachelard (1949), con el fin de extraer propiedades generales o invariantes que sólo puedan ser descubiertas por medio de esa interrogación. (Si tal intención falta con demasiada frecuencia en el trabajo de los historiadores, sin duda se debe a que la definición de su tarea inscripta en la definición social de su disciplina es menos ambiciosa, o pretenciosa, pero también menos exigente al respecto que aquella impuesta al sociólogo.)

El razonamiento analógico, basado en la intuición razonada de las homologías (fundada a su vez en el conocimiento de las leyes invariantes de los campos) es un poderoso instrumento de construcción del objeto. Es lo que permite a ustedes sumergirse completamente en la particularidad del caso entre manos sin ahogarse en él, como hace la idiografía empirista, y realizar la intención de *generalización*, que es la ciencia misma, no por medio de la aplicación artificial y caprichosa de construcciones conceptuales formales y vacías, sino a través de esta manera particular de pensar el caso particular que consiste en pensarlo realmente como tal. Este modo de pensar se cumple plena y lógicamente en y a través del *método comparativo* que les permite pensar relacionamente un caso particular constituido como un “ejemplo particular de lo posible”, basado en las homologías estructurales que existen entre diferentes campos (por ejemplo, del campo del poder académico al campo del poder religioso, por medio de la homología entre las relaciones profesor/intelectual, obispo/teólogo) o entre distintos estadios del mismo campo (el campo religioso en la Edad Media y hoy, por ejemplo).²⁴

Si este seminario funciona como lo espero, ofrecerá una realización social práctica del método que propongo. En él ustedes escucharán a gente que está trabajando sobre objetos muy distintos y los someterán a un cuestionamiento constantemente guiado por los mismos principios, de manera que el *modus*

²⁴ Véase Bourdieu 1971b y “El demonio de Maxwell: la estructura y la génesis del campo religioso”, en Bourdieu en preparación (a).

operandi de lo que quiero transmitir se transmitirá en cierto sentido *prácticamente*, a través de su repetida aplicación a diversos casos, sin necesidad de una explicación teórica explícita. Al escuchar a otros, cada uno de ustedes pensará en su propia investigación, y la situación de comparación institucional así creada (como con la ética, este método sólo funciona si puede ser inscripto en los mecanismos del universo social) obligará a cada participante, simultáneamente y sin contradicción, a particularizar su objeto, a percibirlo como un caso particular (esto contra la más común de las falacias de la ciencia social, vale decir la universalización del caso particular), y a generalizarlo, a descubrir, a través de la aplicación de preguntas generales, las propiedades invariantes que oculta bajo la apariencia de su singularidad. (Uno de los efectos más directos de este modo de pensar es prohibir la clase de semigeneralización que lleva a uno a producir conceptos abstracto-concretos nacidos del contrabando, en el interior del universo científico, de palabras o actos indígenas no analizados.) Durante el tiempo en que fui un profesor más directivo, aconsejaba intensamente a los investigadores que estudiaran al menos *dos* objetos, por ejemplo, en el caso de los historiadores, que tomaran aparte de su objeto principal (un editor bajo el Segundo Imperio, digamos) su equivalente contemporáneo (una editorial parisina). El estudio del presente tiene cuanto menos la virtud de forzar al historiador a objetivar y controlar las prenociones que probablemente proyecte sobre el pasado, aunque sólo sea por el mero hecho de utilizar palabras del presente para nombrar prácticas del pasado, como ocurre con la palabra "artista", que a menudo nos hace olvidar que la noción actual es una invención por demás reciente (Bourdieu 1987d, 1987j, 1988d).²⁵

²⁵ De modo similar, Charle (1990) ha demostrado que los "intelectuales", como grupo social moderno, esquema de percepción y categoría política, son una "invención" reciente que tuvo lugar en Francia a finales del siglo XIX y cristalizó alrededor del caso Dreyfus. Para él, como para Bourdieu (1989d), el hecho de aplicar indiscriminadamente la noción a pensadores y escritores de épocas previas provoca una caída ya sea en el anacronismo o en análisis presentistas que terminan por oscurecer la singularidad histórica de los "intelectuales".

3. Una duda radical

La construcción de un objeto científico requiere primero que nada de un corte con el sentido común, esto es, con las representaciones compartidas por todos, ya sean los meros lugares comunes de la existencia cotidiana o las representaciones oficiales, a menudo inscriptas en las instituciones y presentes de ese modo tanto en la objetividad de las organizaciones sociales como en las mentes de sus participantes. *Lo preconstruido está en todas partes*. El sociólogo está literalmente sitiado por ello, como cualquier otro. Carga así con la tarea de conocer un objeto —el mundo social— del que es producto, de manera tal que los problemas que plantea acerca de ese objeto y los conceptos que utiliza tienen todas las chances de ser productos de ese mismo objeto. (Esto es particularmente cierto acerca de las nociones clasificatorias que emplea para conocerlo, nociones comunes como nombres de ocupaciones o nociones académicas como las transmitidas por la tradición de la disciplina.) Su carácter autoevidente surge del ajuste entre las estructuras objetivas y las estructuras subjetivas que resguardan del cuestionamiento.

¿Cómo puede efectuar el sociólogo en la práctica este dudar radical que es indispensable para poner entre paréntesis todas las presuposiciones inherentes al hecho de ser un ser social, estar por ende socializado e inclinado a sentirse "como un pez en el agua" dentro de ese mundo social cuyas estructuras ha internalizado? ¿Cómo puede evitar que el mundo social lleve a cabo la construcción del objeto, en cierto sentido, a través suyo, a través de estas operaciones no autoconscientes o inconscientes de sí mismas, de las que él es el aparente sujeto? No construir, como hace el hiperempirismo positivista cuando acepta sin examen crítico los conceptos que se le ofrecen ("cumplimiento" y "adscripción", "profesión", "actor", "rol", etc.), sigue siendo construir, porque equivale a registrar —y por lo tanto ratificar— lo ya construido. La sociología habitual, que sortea el cuestionamiento radical de sus

propias operaciones y de sus propios instrumentos de pensamiento, y que sin duda consideraría esta *intención reflexiva* como una reliquia de la mentalidad filosófica, y por ende una supervivencia de una era precientífica, está completamente saturada del objeto que pretende y que en realidad no puede conocer porque no se conoce a sí misma. Una práctica científica que omite cuestionarse a sí misma, para decirlo con propiedad, no sabe lo que hace. Encajada en, o tomada por, el objeto al que toma por objeto, revela algo de él, pero algo que no está realmente objetivado puesto que consiste en los principios mismos de aprehensión del objeto.

Sería fácil demostrar que esta ciencia semiacadémica²⁶ *toma prestados sus problemas, sus conceptos y sus instrumentos de conocimiento del mundo social*, y que a menudo *registra* como dato, como un algo dado empírico, independiente del acto de conocimiento y de la ciencia que lo ejecuta, hechos, representaciones o instituciones que son el *producto de una etapa anterior de la ciencia*. En suma, se registra a sí misma sin reconocerse a sí misma...

Permítanme detenerme en cada uno de estos puntos por un momento. La ciencia social está siempre dispuesta a recibir del mundo social que ella estudia los *asuntos* que plantea acerca de ese mundo. Cada sociedad, en cada momento, elabora un cuerpo de *problemas sociales* que da por legítimo, digno de ser debatido, de hacerse público, a veces oficializado y, hasta cierto punto, *avalado por el Estado*. Estos son por ejemplo los problemas que se asigna a las comisiones de alto nivel encargadas de estudiarlos, o también, más o menos directamente, a los propios sociólogos mediante todas las formas de la demanda burocrática: programas de investigación y patrocinio, contratos, becas, subsidios, etc.²⁷ Un buen número

²⁶ En francés *science demi-savante*.

²⁷ Un ejemplo fundamental sería el campo de investigación de la pobreza en Estados Unidos, cuya creación es claramente una consecuencia de la "Guerra contra la pobreza" ["War on Poverty"] de los años sesenta y de las subsecuentes demandas del Estado por la producción de conocimiento

de los objetos reconocidos por la ciencia social oficial, como así también los títulos de muchos estudios, no son otra cosa que problemas sociales que han sido contrabandeados dentro de la sociología (pobreza, delincuencia, juventud, deserción escolar en el nivel secundario, ocio, conducción de vehículos bajo los efectos del alcohol, etc.) y que varían con las fluctuaciones de la conciencia social o académica del tiempo, según atestiguaría un análisis de la evolución en el tiempo de las principales divisiones realistas de la sociología (esto puede captarse a través de los subtítulos de los periódicos o en los nombres de los grupos o secciones de investigación reunidos periódicamente en el Congreso Mundial de Sociolo-

acerca de las poblaciones que había fracasado en domesticar. La redefinición oficial del problema efectuada por el Departamento de oportunidad económica [Office of Economic Opportunity] en 1964 convirtió lo que hasta entonces era un asunto sociopolítico en un área legítima de indagación "científica", arrastrando veintenas de académicos —especialmente economistas— a nuevos centros de investigación, diarios y conferencias dedicados a la pobreza y su gestión pública, llevando eventualmente a la institucionalización de la disciplina altamente técnica (y altamente ideológica) del "análisis de políticas públicas". Esto implicó no solamente la adopción acrítica, por parte de científicos sociales, de categorías burocráticas e indicadores gubernamentales (como la famosa "línea de pobreza" federal que sigue definiendo las fronteras del discurso a pesar de las crecientes inadecuaciones conceptuales regularmente expuestas) y de preocupaciones gubernamentales (¿La asistencia social hace que la gente trabaje menos? ¿Quiénes reciben ayuda social comparten una cultura o participan de comportamientos que violan las normas de la cultura masiva? ¿Cuáles son los medios más económicos para volverlos "autosuficientes", es decir social y políticamente invisibles?) que han cosificado la percepción moralista e individualista de la pobreza por parte de los dominantes bajo la forma de "hechos científicos" (Katz 1989: pp. 112-23). Haveman (1987) demuestra de manera contundente que, en el proceso, el gobierno federal reformó además la cara de la ciencia social en su totalidad: en 1980, la investigación relacionada con la pobreza absorbió completamente el 30% de los gastos federales de investigación, contra el 0,6% de 1960. La reciente propagación del discurso sobre la "marginalidad" es una ilustración adicional de cómo un flujo mayor de los recursos proporcionados por fundaciones puede redefinir los términos del debate científico sin una discusión crítica de las premisas incorporadas a la nueva demanda.

gía).²⁸ Ésta es una de las mediaciones a través de las cuales el mundo social construye su propia representación, utilizando a la sociología y al sociólogo para su propósito. Para un sociólogo, más que para ningún otro pensador, dejar el propio pensamiento en el estado de impensado (*impensé*) es condenarse a ser nada más que el *instrumento* de aquello que uno pretende pensar.

¿Cómo hemos de efectuar esta ruptura? ¿Cómo puede escapar el sociólogo a la disimulada persuasión que se ejerce sobre él cada vez que lee el diario, mira la televisión o incluso cuando lee los trabajos de sus colegas? El simple hecho de estar alerta es importante pero difícilmente basta. Uno de los instrumentos más poderosos de ruptura yace en la historia social de los problemas, objetos e instrumentos de pensamiento, vale decir, dentro de la historia del trabajo de construcción social de la realidad (preservada por nociones tan comunes como rol, cultura,

²⁸ También se lo puede ver fácilmente en la evolución de las categorías utilizadas para clasificar los libros en la publicación de reseñas *Contemporary Sociology*, o en los cambios de los títulos de capítulos de los manuales (por ejemplo, Smelser 1988) y en las entradas de las enciclopedias de ciencia social. La taxonomía de temas utilizada por la *Annual Review of Sociology* es un buen ejemplo de una mezcla de divisiones burocráticas, apegadas al sentido común y sencillamente arbitrarias heredadas de la historia (académica) de la disciplina: es rara la mente que puede impartir retrospectivamente un grado de coherencia (socio)lógica a la manera en que parcela el asunto del que trata. Abriendo cada volumen está la categoría "Teoría y métodos", transformada siempre en un tópico autocontenido. Luego viene "Procesos sociales", categoría tan amplia que es difícil ver qué cosa podría no caer dentro de ella e "Instituciones y cultura", que hipostasía la cultura en un objeto distinto. Por qué "Organizaciones formales" ha sido separado de "Sociología política y económica" no queda claro; cómo se las puede distinguir a su vez de "Estratificación y diferenciación" es también discutible. "Sociología histórica" tiene el dudoso privilegio de ser reificada en una especialidad separada (presumiblemente sobre la base del método, ¿pero entonces no debería estar reagrupada con "Teoría y métodos"? ¿y por qué otros abordajes no tienen "sus" secciones?). Por qué "Sociología de la religión mundial" tiene su rúbrica para ella sola es un misterio. "Políticas" es un resultado directo de la demanda burocrática del Estado de un conocimiento social. Y, coronando a todas las otras categorías en su santificación del sentido común, la rúbrica "Individuo y sociedad".

juventud, etc., o las taxonomías) que lleva a cabo el mundo social como totalidad o este o aquel campo especializado y, especialmente, el campo de las ciencias sociales. (Esto nos llevaría a asignar a la enseñanza de la historia social de las ciencias sociales —una historia que, en su mayor parte, todavía está por escribirse— un propósito completamente diferente de aquel al que sirve en la actualidad.) Buena parte del trabajo colectivo que encuentra salida en *Actes de la recherche en sciences sociales* trata con la historia social de los objetos más comunes de la existencia ordinaria. Pienso por ejemplo en todas esas cosas que se han vuelto tan comunes, tan dadas, que nadie les presta la menor atención, como la estructura de una corte de justicia, el espacio de un museo, un cuarto oscuro electoral, la noción de "perjuicio ocupacional" o de "cuadro" [en el sentido social militar, político o empresarial de la palabra], una tabla de dos por dos o, simplemente, el acto de escribir o tipear.²⁹ La historia así concebida se inspira no en un interés de anticuario sino en una voluntad de entender por qué y cómo se comprende.

Para evitar convertirse en objeto de los problemas que toman por objeto, deben rastrear la historia de la *emergencia* de estos problemas, de su constitución progresiva, es decir, del trabajo colectivo, a menudo realizado mediante competencia y lucha, que fue necesario para dar a conocer y reconocer tales y cuales asuntos como *problemas legítimos*, problemas que son reconocibles, publicables, públicos y oficiales. Recordemos el problema de los "accidentes laborales" o riesgos ocupacionales estudiado por Rémi Lenoir (1980), o la invención de la "tercera edad" sometida a escrutinio por Patrick Champagne (1979) y, de manera más general, tópicos de la sociología tales como la familia, el divorcio, la delincuencia, las drogas y el porcentaje de empleo femenino. En todos estos casos el problema que el positivismo ordinario (la primera inclinación de todo investigador) da por sentado ha sido *socialmente producido* por

²⁹ Véase, respectivamente, Lenoir 1980, Boltanski 1979, Garrigou 1988, Bourdieu 1977a: pp. 36-38, 188, y Sayad 1985.

un *trabajo colectivo de construcción de la realidad social*,³⁰ por medio de reuniones y comités, asociaciones y ligas, bancas y movimientos, demostraciones y petitorios, demandas y deliberaciones, votos y tomas de posición, proyectos, programas y resoluciones que hicieron de lo que era y pudo haber seguido siendo un problema *privado*, particular, un *problema social*, un asunto público que puede ser públicamente tratado (piensen el destino del aborto o de la homosexualidad)³¹ o incluso un problema oficial que se convierte en objeto de decisiones oficiales y políticas, legislativas y gubernamentales.

Aquí sería necesario analizar el papel particular del campo político (Bourdieu 1981a), en especial el del campo burocrático. A través de la muy particular lógica de la *comisión administrativa*, lógica que estoy investigando actualmente en el caso de la elaboración de políticas públicas de asistencia habitacional en Francia alrededor de 1975,³² el campo burocrático contri-

³⁰ Aunque la posición de Bourdieu podría parecer afín a la aproximación "socioconstructivista" de los problemas sociales (por ejemplo, Scnedider 1985, Gusfield 1981, Spector y Kiitsuse 1987), difiere sustancialmente de esta última en el hecho de que fundamenta el trabajo social de construcción simbólica y organizacional en la estructura objetiva de los espacios sociales dentro de los cuales éste tiene lugar. Esta fundamentación opera en el nivel de las posiciones y las disposiciones de los productores y satisfactores de demandas. Bourdieu no defiende una posición constructorista "estricta" ni una "contextual" (tal como la definió Best 1989: pp. 245-89) sino un "constructivismo estructural" que relaciona causalmente a los demandantes y sus productos con las condiciones objetivas. Véase Champagne 1990 por una análisis de la construcción social de la "opinión pública" de acuerdo con tales lineamientos.

³¹ Kristin Luker (1984) y Faye Ginsburg (1988) ofrecen exposiciones históricas y etnográficas detalladas de la construcción social del aborto como asunto público en los niveles político y de base. Pollak (1988a) esboza un análisis del encuadre público del vínculo entre el sida y la homosexualidad en el discurso político francés reciente. Boltanski desentraña las condiciones de eficacia de las estrategias dirigidas a transformar los incidentes y ultrajes personales en asuntos socialmente aceptados e injusticias en su importante artículo sobre la "Denuncia" (Boltanski con Daré y Schiltz 1984, y Boltanski 1990).

³² Véase el número completo de marzo de 1990 de *Actes de la recherche en sciences sociales* dedicado a "La economía habitacional" (Bourdieu 1990b, 1990c, 1990d; Bourdieu y de Saint Martin 1990; Bourdieu y Christin 1990).

buye decisivamente a la constitución y consagración de problemas sociales "universales". La imposición de la *problématique* que el sociólogo —como cualquier otro agente social— padece, de la que se convierte en relevo y sostén cada vez que aborda por su cuenta cuestiones que son una expresión del espíritu sociopolítico de su época (incluyéndolas por ejemplo en sus cuestionarios de sondeo o, peor, diseñando su sondeo alrededor de ellas), se ve acentuada en tanto los problemas *que se dan por sentado* en un determinado universo social tienen mayores chances de recibir *grants*³³ materiales o simbólicos, de ser, como decimos en francés, *bien vus*, gozar del favor de los administradores de las burocracias científicas y de autoridades burocráticas tales como las fundaciones de investigación, las empresas privadas o las oficinas gubernamentales. (Esto explica por qué las encuestas de opinión, la "ciencia sin científico", siempre engendran la aprobación de aquellos que tienen los medios para encargarse, quienes de otro modo se manifiestan tan críticos de la sociología cada vez que esta última rompe con sus demandas y mandatos.)³⁴

Sólo añadiré, para complicar las cosas un poco más aún, y para hacerles ver cuán difícil, casi desesperado en realidad, es el aprieto en que se encuentra el sociólogo, que el trabajo de producción de problemas oficiales, es decir, esos problemas dotados de una especie de universalidad que se les concede en tanto el Estado los garantice, casi siempre deja lugar para lo que hoy se denomina *expertos*. Entre estos expertos hay sociólogos que

³³ En inglés en el texto original francés: aquí Bourdieu juega con las palabras "*grants*" [becas] y "*for granted*" [por sentado o sobreentendido] para enfatizar el vínculo orgánico entre la imposición material y la imposición cognitiva de las problemáticas.

³⁴ Ya desde la introducción de las encuestas de opinión en la vida política francesa durante los años sesenta, Bourdieu ha sido un crítico persistente y a menudo cáustico de sus usos sociales. Su artículo de 1971, provocativamente titulado "La opinión pública no existe" (Bourdieu 1979e) ha sido reimpresso en numerosas colecciones y periódicos y traducido a seis idiomas. El tema se vuelve a mencionar en "Una ciencia sin científico" (Bourdieu 1987a: pp. 217-24 [en español: pp. 194 y siguientes]).

usan la autoridad de la ciencia para respaldar la universalidad, la objetividad y el desinterés de la representación burocrática de los problemas. Esto equivale a decir que cualquier sociólogo que merezca ese nombre, es decir que haga aquello que, según mi parecer, se requiere para tener alguna posibilidad de ser un *sujeto* de los problemas que plantea acerca del mundo social, debe considerar dentro de su objeto la contribución que hacen la sociología y los sociólogos (sus propios pares), con las mejores intenciones, a la producción de los problemas oficiales (incluso si esto parece una insostenible señal de arrogancia o una traición a la solidaridad profesional y a los intereses corporativos).

En las ciencias sociales, como bien sabemos, las rupturas epistemológicas a menudo son sociales, rupturas con las creencias fundamentales de un grupo y, a veces, con las creencias centrales del cuerpo de profesionales, con el cuerpo de certezas compartidas que son el fundamento de la *communis doctorum opinio*. Practicar la duda radical en sociología es algo parecido a convertirse en un marginal. Esto sintió sin duda Descartes, quien para perplejidad de sus comentaristas jamás extendió su modo tan intrépidamente inaugurado de pensar el reino del conocimiento al de la política (véase la prudencia con que habla de Maquiavelo).

Voy a abordar ahora los conceptos, palabras y métodos que la "*profession*"³⁵ emplea para pensar y hablar acerca del mundo social. El lenguaje plantea un problema particularmente dramático para el sociólogo: se trata en efecto de un inmenso depósito de preconstrucciones naturalizadas,³⁶ por ende

³⁵ En inglés en el original, ya que Bourdieu está preparándose para criticar el concepto sociológico angloamericano de "profesión".

³⁶ Ahora bien, en palabras de Wittgenstein (1977: p. 18): "El lenguaje les tiende a todos las mismas trampas; es una inmensa red de giros erróneos fácilmente accesible". Esta opinión es compartida por Eliás (1978a: p. 111) quien cuenta a las "estructuras heredadas del habla y el pensamiento" entre los obstáculos más serios para una ciencia de la sociedad: "Los medios del habla y el pensamiento accesibles a los sociólogos en el presente son en su mayor

de preconstrucciones ignoradas como tales que pueden llegar a funcionar como instrumentos de construcción inconscientes. Podría tomar aquí el ejemplo de las *taxonomías ocupacionales*, ya sean los nombres de oficios vigentes en la vida cotidiana o las categorías socioeconómicas del INSEE (el Instituto Nacional de la Estadística y de los Estudios Económicos de Francia), un caso ejemplar de *conceptualización burocrática*,³⁷ del universal burocrático y, de manera más general, ejemplo de todas las taxonomías —grupos etarios, jóvenes y viejos, y categorías de género que, como bien sabemos, no están libres de lo arbitrario social— que los sociólogos utilizan sin pensar demasiado en ellas por ser categorías socialmente compartidas de entendimiento.³⁸ O, como en el caso de aquellas que llamé las "categorías de juicio profesional" (el sistema de adjetivos pareados utilizado para evaluar los artículos de los estudiantes o las virtudes de los colegas [Bourdieu 1988a: pp. 194-255]), aquellas que pertenecen a la corporación profesional (lo que no excluye su fundamento, en última instancia, en homologías estructurales, es decir, en las oposiciones

parte desiguales para la tarea que les pedimos que realicen". Señala en particular, siguiendo a Benjamin Lee Whorf, que las lenguas occidentales tienden a poner en primer plano los sustantivos y los objetos a expensas de las relaciones y para reducir los procesos a condiciones estáticas.

³⁷ Otro ejemplo sería la invención burocrática y la subsecuente reificación de la "línea de pobreza" en la "ciencia" social de Estados Unidos (Beeghley 1984; Katz 1989: pp. 115-17).

³⁸ Maurice Halbwachs (1972: pp. 329-48) mostró hace mucho que no hay nada "natural" en la categoría de la edad. Pialoux (1978), Thévenot (1979), Mauger y Fossé-Poliak (1983) y "La juventud no es más que una palabra" de Bourdieu (1980b: pp. 143-54) llevan más lejos ese argumento en el caso de la juventud. Champagne (1979) y Lenoir (1978) lo aplican a la construcción sociopolítica de la "tercera edad". Incontables estudios históricos de las relaciones de género, en años recientes, han demostrado la arbitrariedad de las categorías de masculino y femenino, tal vez el más incisivo de éstos sea el de Joan Scott (1988); véanse también varios de los artículos publicados en los dos números de *Actes de la recherche en sciences sociales* sobre "Masculino/Femenino" (junio y septiembre de 1990). Para una extensa discusión de las luchas por la definición de las categorías de "natural" véase Lenoir (en Champagne y otros 1989: pp. 61-77).

fundamentales del espacio social, tales como raro/ banal, único/común, etc.).

Pero yo creo que uno debe ir más allá y poner en cuestión no sólo clasificaciones de ocupaciones y los conceptos utilizados para designar clases de quehaceres, sino el concepto mismo de ocupación en sí, o de *profession*, que ha suministrado la base a toda una tradición de investigación que, para algunos, se erige como una suerte de divisa metodológica. Soy muy consciente de que el concepto de "profesión" y sus derivados (profesionalismo, profesionalización, etc.) han sido severa y provechosamente cuestionados por las obras de Magali Sarfatti Larson (1977), Randall Collins (1979), Elliott Friedson (1986) y en particular Andrew Abbott (1988), quien ha llamado la atención, entre otras cosas, acerca de los conflictos endémicos del mundo de las profesiones. Igualmente, creo que debemos ir más allá de esta crítica, por muy radical que sea, y tratar, como hago yo, de *reemplazar* este concepto por el de campo.

La noción de profesión es de lo más peligrosa porque tiene a su favor, como siempre en estos casos, toda la apariencia de neutralidad, y porque su uso ha sido un avance sobre el revoltijo (*bouillie*) de Parsons. Hablar de "profesión" es ceñirse a una realidad verdadera, un conjunto de personas que llevan el mismo nombre (son todos "abogados" por ejemplo), tienen un estatus económico aproximadamente equivalente y, lo que es más importante, se organizan en "asociaciones profesionales" dotadas de un código de ética, cuerpos colegiados que definen las reglas de admisión, etc. "Profesión" es un concepto popular que ha sido acriticamente contrabandeado al lenguaje científico y que importa a éste todo un inconsciente social. Es el *producto social* de un trabajo histórico de construcción de un grupo y de una *representación* de los grupos que se ha deslizado subrepticamente en la ciencia de ese grupo mismo. Por ello este "concepto" trabaja tan bien, o demasiado bien en un sentido: si aceptamos que construya nuestro objeto, encontraremos directorios a mano, listas y biografías ya trazadas, bibliografías compiladas, centros de información y bases de datos ya constituidos por cuerpos "profesionales", como así

también, siempre que uno sea un poquito astuto, fondos para estudiarlo (como suele ocurrir en el caso de los abogados, por ejemplo). La categoría de profesión se refiere a realidades que son, en cierto sentido, "demasiado reales" para ser verdad, pues capta al mismo tiempo una categoría mental y una categoría social, ambas socialmente producidas únicamente suplantando u obliterando todo tipo de diferencias y contradicciones económicas, sociales y étnicas que hacen de la "profesión" de "abogado", por ejemplo, un espacio de competencia y de lucha.³⁹

Todo resulta diferente, y mucho más difícil, si en lugar de adoptar la noción de "profesión" me tomo en serio el trabajo de *agregación* y de imposición simbólica que fue necesario para producirla y la trato como un campo, esto es, como un espacio estructurado de fuerzas y luchas sociales.⁴⁰ ¿Cómo se toma una muestra en un campo? Si, siguiendo el canon dictado por la metodología ortodoxa, uno toma una muestra aleatoria, mutila el objeto que busca construir. Si en el estudio del campo jurídico, por ejemplo, uno no toma al presidente de la Suprema Corte, o si, en una indagación en el campo intelectual francés de los años cincuenta, uno deja afuera a Jean-Paul Sartre, o a la Princeton University en un estudio de la academia estadounidense, su campo está destruido en la medida en que estas personas o instituciones marcan por sí solas una posición crucial. Hay posiciones en un campo que sólo admiten un ocupante pero que comandan toda la estructura.⁴¹ Con una muestra aleatoria o representativa de artistas o in-

³⁹ Véanse los dos números de *Actes de la recherche en sciences sociales* sobre la ley y los expertos legales, n° 64 (septiembre de 1986), y n° 76/77 (marzo de 1989), particularmente los artículos de Yves Cezalay, Alain Bancaud y Anne Boigeol).

⁴⁰ El concepto de campo se explica extensamente en la parte 2, sección 3. Véase Boltanski 1984a y 1987 para un examen en profundidad de la invención organizacional y simbólica de la categoría de los "cuadros" en la sociedad francesa, y Charle 1990 sobre la de "intelectuales" que proceden según los mismos lineamientos analíticos.

⁴¹ Por ejemplo, Sartre dominó y fue al mismo tiempo dominado por su propia dominación en el campo intelectual francés de los años cincuenta (véanse Boschetti 1988 y Bourdieu 1980e, 1984b).

telectuales concebidos como parte de una “profesión”, en cambio, *no problem*.⁴²

Si ustedes aceptan la noción de profesión como un instrumento, en lugar de como un objeto, nada de esto crea ninguna dificultad. En la medida en que lo toman tal como se presenta, lo dado (los reverenciados *datos* de los sociólogos positivistas) se presenta a ustedes sin dificultad. Todo va suavemente, todo se da por sentado. Las puertas y las bocas se abren de par en par. ¿Qué grupo podría derribar el registro sacralizador y naturalizador del científico social? Los estudios de obispos o de líderes corporativos que (tácitamente) aceptan la problemática de la iglesia o de los negocios reclutarán el apoyo del Episcopado y del Concejo de Negocios, y los cardenales y líderes corporativos que celosamente lleguen a comentar sus resultados nunca dejarán de conceder un certificado de objetividad al sociólogo que tiene éxito en dar realidad objetiva, es decir, pública, a la representación subjetiva que tienen de su propio ser social. En suma, en tanto permanezcan dentro del dominio de las apariencias socialmente constituidas y sancionadas —y éste es el orden al que pertenece la noción de “profesión”— tendrán todas las apariencias de su parte, incluso la de cientificidad. Por el contrario, en cuanto emprendan el trabajo sobre un objeto construido genuino, todo resultará difícil: el progreso “teórico” genera dificultades “metodológicas” asociadas. Los “metodólogos”, por su parte, no tendrán dificultad en encontrar suficientes cabos sueltos en las operaciones que deben llevarse a cabo para captar el objeto construido lo mejor que se pueda. (La metodología es como la ortografía, de la que en Francia decimos: *c'est la science des ânes*, “es la ciencia de los asnos”: consiste en un compendio de errores respecto de los cuales uno sería un estúpido para cometer la mayoría de ellos.) Entre esas dificultades, está la cuestión de las fronteras del campo. Los positivistas más osados resuelven esta cuestión —cuando no omiten plantearla pura y simplemente utilizando listas

⁴² En inglés en el original.

preexistentes— mediante lo que ellos llaman una “definición operacional” (“En este estudio llamaré ‘escritor’...”, “Consideraré como una ‘semiprofesión’...”), sin ver que la cuestión de la definición (“¡Tal y tal no es un *verdadero* escritor!”) está en juego dentro del objeto mismo.⁴³ Hay una lucha dentro del objeto acerca

⁴³ El vigoroso esfuerzo de Peter Rossi (1989: pp. 11-13) por hacer pasar una definición socialmente arbitraria de “*homelessness*” [la condición del *homeless*, el sin techo] como una fundada en consideraciones “científicas” es ejemplar en su grado de ingenuidad positivista y notable por la ceguera a sus propios presupuestos (incluyendo el de la existencia de una suerte de esencia platónica del *homelessness*). En vez de mostrar (como mínimo) cuán diferentes definiciones producen poblaciones de distintos tamaños, composiciones y trayectorias, y de analizar los intereses políticos y científicos involucrados en la contienda que opone a sus diversos defensores, Rossi se contenta con afirmar *ex cathedra* su definición confeccionada a partir de datos y preconceptos existentes. En su lucha por “operacionalizar” una noción tomada del discurso de todos los días de modo tal que en vez de desafiar reforzará a este último, Rossi busca acumular congruencia con el sentido común ordinario, con el sentido común académico y con las coerciones prácticas de la investigación burocrática. Notando que “es fácil quedar empantanado en ejercicios académicos de definición”, explica: “usaré una definición de *homelessness* que cubra la *esencia de ese término* y sea al mismo tiempo *práctica para su utilización en la investigación concreta*. Aunque mi concepción última es que la *homelessness* es una cuestión de grado, *me veo obligado a usar la definición más común en los estudios de la ciencia social sobre la homelessness* en los que me apoyo. [...] Hay algunas *razones logísticas muy persuasivas* por las que la mayoría de los estudios de los *homeless* han adoptado esta definición de la práctica” (el subrayado es mío). La construcción —en este caso, sería más apropiado hablar de destrucción— de su objeto no sigue ni las principales articulaciones observables del fenómeno ni una problemática teóricamente guiada de sus causas y variaciones. Termina por arrojar una “definición equitativamente estrecha” que básicamente retoma y ratifica aquella de las burocracias de Estado cuyo interés por normalizar y minimizar el fenómeno está ampliamente documentado: se centra “principalmente en los sin techo más accesibles, clientes de agencias que proporcionan servicios como refugios, comedores y clínicas médicas instalados para atender a los sin techo”. Excluye a todos aquellos a los que el Estado no quiere reconocer como *homeless* genuinos (habitantes de hospitales, cárceles, prisiones, asilos y a todos los “precariamente alojados”, incluyendo a gente forzada a alquilar u ocupar habitaciones en el domicilio de parientes o amigos, etcétera).

Esta obra maestra del positivismo llega a su clímax cuando Rossi reemplaza la categoría habitual, tributaria del sentido común de “*homelessness*”, por otra categoría del corriente “lenguaje sociológico vernáculo” (Merton), la de la “extrema pobreza”, definida aquí con el mismo sentido de autoevidencia (y la misma

de quién es parte del juego, quién merece en realidad el título de escritor. La noción misma de escritor, pero también la de abogado, médico o sociólogo, a pesar de todos los esfuerzos de codificación y homogeneización a través de la certificación, está en juego en el campo de los escritores (o abogados, etc.): la lucha por la definición legítima, cuya cuestión —la palabra definición lo dice— es la frontera, las fronteras, el *derecho de admisión*, en ocasiones el *numerus clausus*, es una propiedad universal de los campos.⁴⁴

La resignación empirista tiene todas las apariencias de su parte y recibe toda la aprobación porque, evitando la construcción autoconsciente, deja las operaciones cruciales de la construcción científica —la elección del problema y la elaboración de conceptos y de categorías analíticas— al mundo social *tal cual es*, al orden establecido, y así cumple, aunque sólo sea por defecto, una función quintaesencialmente conservadora de ratificación de la *doxa*. Entre todos los obstáculos que se interponen en el camino del desarrollo de una sociología científica, uno de los más formidables es el hecho de que se llegue a los descubrimientos científicos genuinos al *costo* más alto y los beneficios más bajos, no sólo en los mercados comunes de la existencia social sino, con demasiada frecuencia, en el mercado académico, del que podría esperarse una mayor autonomía. Como he tratado de demostrar en relación con los costos y beneficios sociales y científicos diferenciales de las nociones de *profesión* y de *campo*, a menudo es necesario, para producir ciencia, sobrepasar las apariencias de científicidad e incluso contradecir las normas en vigor y desafiar los criterios usuales del rigor cientí-

arbitrariedad autotranquilizadora), como tener ingresos por debajo del 75 por ciento de la "línea de pobreza oficial", otro constructo burocrático. *Homelessness* y *poverty* transmigran así de una condición sociopolítica —un conjunto de *relaciones históricas* y *categorías* que resultan de las luchas por la producción y colocación de bienestar social— a un *Estado* medido por variables atomísticas claras y distintas que le permiten a uno contar, dividir y disciplinar a los individuos.

⁴⁴ Sobre cambios recientes en la definición y funciones sociales de los expertos legales, véase Dezalay 1989; sobre la lucha por definir qué es un escritor en la Francia del siglo XIX, Viala 1985; sobre los dilemas de las mujeres escritoras para ser reconocidas como tales, de Saint Martin 1990b.

co. Las apariencias siempre están a favor de lo aparente. La verdadera ciencia, a menudo, no consiste tanto en mirar hacia delante y mover la ciencia en esa dirección sino en tomar el riesgo de no desplegar todos los signos exteriores de científicidad (que, más de una vez lo olvidamos, son muy fáciles de impostar). Entre otras razones porque los imbeciles o *demi-habiles*, como los llama Pascal, aquellos que se detienen en las violaciones de los cánones de la "metodología" elemental, se ven arrastrados por su confianza positivista a percibir como otros tantos "errores" y efectos de la incompetencia o de la ignorancia aquello que son opciones metodológicas fundadas en una negativa deliberada a usar las puertas de emergencia de la "metodología".

No es necesario decir que la reflexividad obsesiva que es condición de una práctica científica rigurosa nada tiene en común con la falsa radicalidad del cuestionamiento de la ciencia que prolifera hoy. (Estoy pensando en aquellos que introducen la antigua crítica filosófica de la ciencia, más o menos actualizada para ajustarse a la moda imperante en la ciencia social estadounidense, cuyo sistema inmune ha sido paradójicamente destruido por varias generaciones de "metodología" positivista.) Entre estas críticas, hay que conceder un lugar especial a las de los etnometodólogos, por más que en algunas de sus formulaciones convergen con las conclusiones de quienes reducen el discurso científico a estrategias retóricas acerca de un mundo reducido a su vez al estado de un texto. El análisis de la lógica de la práctica, y de las teorías espontáneas de las que se provee para dar sentido al mundo, no es un fin en sí mismo, no más que la crítica de las presuposiciones de la sociología ordinaria (es decir, irreflexiva), especialmente en sus usos de los métodos estadísticos. Es un momento absolutamente decisivo, pero sólo un momento, de la ruptura con las presuposiciones del sentido común lego y académico. Si es preciso objetivar los esquemas del sentido práctico, no lo es con el propósito de probar que esa sociología puede ofrecer sólo un punto de vista sobre el mundo entre muchos, ni más ni menos científico que cualquier otro, sino para *arrebatarse la razón científica del abrazo de*

la razón práctica, para evitar que esta última contamine a la primera, para no tratar como un instrumento científico lo que tendría que ser el objeto del conocimiento, esto es, todo lo que constituye el sentido práctico del mundo social, las presuposiciones, los esquemas de percepción y comprensión que dan al mundo vivido su estructura. Tomar como objeto el entendimiento del sentido común y la experiencia primaria del mundo social como una aceptación noética de un mundo que no está constituido como un *objeto* frente a un sujeto es precisamente el medio de evitar quedar "atrapado" dentro del objeto. Es el medio para someter a escrutinio científico *todo lo que hace posible la experiencia dóxica del mundo*, esto es, no sólo la representación preconstruida de este mundo sino también los esquemas cognitivos que subyacen a la construcción de esta imagen. Y aquellos entre los etnometodólogos que se contentan con la mera descripción de esta experiencia sin cuestionar las condiciones sociales que la hacen posible —es decir, la correspondencia entre las estructuras sociales y las estructuras mentales, la estructura objetiva del mundo y las estructuras cognitivas a través de las cuales este último es aprehendido— no hacen más que repetir los cuestionamientos más tradicionales de la filosofía más tradicional acerca de la realidad de la realidad. Para sopesar las limitaciones de esta semblanza de la radicalidad que su populismo epistémico les impone (debido a su rehabilitación del pensamiento común), sólo tenemos que observar que los etnometodólogos no han visto nunca las *implicaciones políticas* de la experiencia dóxica del mundo que, en tanto que aceptación fundamental del orden establecido situada fuera del alcance de la crítica, es el fundamento más seguro de un conservadurismo incluso más radical que aquel que trabaja para establecer una ortodoxia política.⁴⁵

⁴⁵ Véase en la parte 2, sección 1, una discusión ulterior. Es fácil entender cómo dicho conservadurismo, bajo determinadas circunstancias históricas, puede convertirse en su opuesto: como ha demostrado Calhoun (1979) en su crítica revisionista del análisis de Thompson de la formación de la clase trabajadora inglesa, una visión dóxica del mundo, es decir, una "tradición" cultural sin cuestionar y unificada puede, cuando se la desafía, proporcionar el mecanismo cognitivo necesario para la acción radical colectiva.

4. El doble vínculo y la conversión

El ejemplo que acabo de dar respecto de la noción de profesión no es sino un caso particular de una dificultad general. De hecho, es la tradición académica de la sociología en su totalidad lo que debemos cuestionar todo el tiempo y aquello de lo que debemos desconfiar metódicamente. De allí el *double bind* en que todo sociólogo digno de ese nombre queda atrapado: sin los instrumentos intelectuales que le son legados por su tradición académica, es poco más que un aficionado, un autodidacta, un intuitivo (y por cierto, no el mejor equipado de todos los legos, dada la limitada extensión de las experiencias sociales de la mayor parte de los académicos); pero al mismo tiempo esos instrumentos lo mantienen en el peligro constante de no hacer más que sustituir la *doxa* ingenua del sentido común de los legos por la no menos ingenua *doxa* del sentido común académico (*sens commun savante*), aquel que imita como un loro, con una jerga técnica y bajo la tramposa apariencia oficial del discurso científico, el discurso del sentido común (esto es lo que llamo el "efecto Diafoirus").⁴⁶

No es fácil escapar a los cuernos de este dilema, esta alternativa entre la ignorancia inerme del autodidacta privado de instrumentos de construcción científica y la seudociencia del seudocientífico que inadvertida y acriticamente acepta categorías de percepción ligadas a un determinado estado de las relaciones sociales, conceptos semiconstruidos que toma directamente del mundo social. Nunca se siente tanto esta contradicción como en el caso de la etnología, donde debido a la diferencia entre las tradiciones culturales y al extrañamiento resultante uno no puede vivir, como en sociología, bajo la ilusión del entendimiento inmediato. En este caso, o bien uno no ve nada o bien se queda con las categorías de percepción y el modo de pensar (el legalismo de los antropólogos) de sus predecesores, quien a menudo

⁴⁶ Por el nombre del médico de Molière, que habla un latín pretencioso y falsamente académico en *El enfermo imaginario*.

los recibieron a su vez de otra tradición académica (la del Derecho Romano, por ejemplo). Todo esto nos inclina hacia una suerte de *conservadurismo estructural* que conduce a la reproducción de la *doxa* académica.⁴⁷

De allí la peculiar antinomia de la pedagogía de la investigación: debe transmitir tanto instrumentos probados de construcción de la realidad (problemáticas, conceptos, técnicas, métodos) como una formidable disposición crítica, una inclinación a cuestionar despiadadamente tales instrumentos (por ejemplo las taxonomías ocupacionales del INSEE u otras, que no son dadas como regalo del cielo ni se ofrecen listas para usar fuera de toda realidad). No hace falta decir que, como con todo mensaje, las chances de que esta pedagogía tenga éxito varían sustancialmente de acuerdo a las disposiciones socialmente constituidas de sus receptores. La situación más favorable para su transmisión se presenta cuando uno está frente a gente que combina un dominio avanzado de la cultura científica y cierta rebeldía contra, o distancia de, esa cultura (por lo general, arraigada en una experiencia extrañada del universo académico), que los empuja a no “comprarla” a su precio de expendio o, simplemente, a una forma de resistencia contra la representación aséptica y desrealizada del mundo social que ofrece el discurso dominante en sociología. Aaron Cicourel es una buena ilustración de ello: ha rondado con “delincuentes” en los barrios bajos de Los Angeles durante el tiempo suficiente en su juventud como para estar espontáneamente inclinado a cuestionar la representación oficial de la “delincuencia”. Sin duda es esta íntima familiaridad con ese universo, unida a un sólido conocimiento de las estadísticas y de las prácticas estadísticas, el que lo predispuso a plantear a las estadísticas de “delincuencia” preguntas que todos los preceptos metodológicos del mundo han sido incapaces de generar (Cicourel 1968).

⁴⁷ Este punto es sostenido de manera más completa en Bourdieu 1986a y 1986c.

A riesgo de parecer un partidario de llevar la duda radical a una expresión hiperbólica, me gustaría evocar una vez más las perniciosas formas que el pensamiento indolente puede adoptar en sociología. Tengo en mente un caso muy paradójico, donde un pensamiento crítico como el de Marx funciona en el estado de *impensé*, no sólo en las mentes de los investigadores (y esto se aplica tanto a los defensores como a los críticos de Marx) sino también dentro de la realidad que registran como pura hipótesis observacional. Llevar adelante sondeos sobre las clases sociales sin ninguna reflexión ulterior acerca de su existencia o no existencia, su dimensión y si son o no antagónicas, como se ha hecho más de una vez, sobre todo con el objetivo de desacreditar la teoría marxista, es tomar como objeto inadvertidamente las huellas, en la realidad, de los efectos ejercidos por la teoría de Marx, en particular por medio de las actividades de los partidos y sindicatos que han trabajado para “hacer surgir la conciencia de clase”.

Lo que estoy diciendo sobre el “efecto teoría” que la teoría de clases pueda haber ejercido, y del que la “conciencia de clase” tal como la medimos empíricamente es en parte un producto, no es más que una ilustración particular de un fenómeno más general. Debido a la existencia de una ciencia social y de prácticas sociales que proclaman su parentesco con esta ciencia (tales como las encuestas de opinión, los consejos mediáticos, la publicidad, etc.)⁴⁸ pero también a la pedagogía e incluso, con frecuencia cada vez mayor, a la conducta de los políticos o de los funcionarios de gobierno, los hombres de negocios y los periodistas, dentro del mundo social mismo hay cada vez más agentes que invocan un conocimiento académico, si no científico, en sus prácticas y —lo que es más importante— en su trabajo de producción de representaciones del mundo social y de manipulaciones de esas representaciones. Así que la ciencia corre el peligro cada vez mayor de

⁴⁸ Véase Champagne 1988 y 1990, sobre los usos de la ciencia social y de la pseudociencia social en el “nuevo espacio político” de Francia.

registrar inadvertidamente el resultado de prácticas que pretenden derivarse de la ciencia.

Finalmente, y de manera más sutil, sucumbir a los hábitos de pensamiento, incluso a aquellos que bajo otras circunstancias pueden ejercer un poderoso efecto de ruptura, sólo puede conducir a formas inesperadas de ingenuidad. No vacilaré en decir que el marxismo, en sus usos sociales más comunes, constituye a menudo la forma *par excellence* de lo *académicamente preconstruido* porque está por encima de la suspicacia. Supongamos que nos ponemos a estudiar la ideología "legal", "religiosa" o "profesoral". La misma palabra ideología supone marcar un quiebre con las representaciones que los agentes pretenden dar a su propia práctica: significa que no deberíamos tomar sus declaraciones al pie de la letra, que tienen intereses, etc. Pero en su violencia iconoclasta, la palabra nos lleva a olvidar que la dominación de la que debemos arrancarnos para objetivar logra ejercerse en gran medida en tanto es desconocida como tal. Por tanto nos hace olvidar que debemos reintroducir en el modelo científico el hecho de que la representación objetiva de la práctica tuviese que ser construida contra la experiencia primaria de la práctica o, si lo prefieren, que la "verdad objetiva" de esta experiencia es inaccesible a la experiencia misma. Marx nos permite abrir de un portazo las puertas de la *doxa*, de la adherencia dóxica a la experiencia primaria. Pero detrás de esta puerta yace una trampa, y el *demi-habile* que confía en el sentido común académico olvida retornar a la experiencia primaria que la construcción académica había puesto entre paréntesis y dejado a un lado. La "ideología" (realmente a esta altura haríamos mejor en llamarla de alguna otra manera) no se nos aparece como tal, a nosotros y a sí misma, y es este desconocimiento el que le da su eficacia simbólica. En suma, no alcanza con romper con el sentido común ordinario, o con el sentido común académico en su forma habitual. *Debemos romper también con los instrumentos de ruptura que niegan la experiencia misma contra la cual han sido contruidos.* Esto debe hacerse para erigir modelos más completos, que abarquen

tanto la ingenuidad primaria como la verdad objetiva que esa ingenuidad oculta y en la que se detienen los *demi-habiles*, aquellos que piensan que son más astutos que nadie, engañados por otra forma de ingenuidad. (No puedo contenerme de decir aquí que la excitación de ser astuto, desmitificador y desmitificado, de hacer el papel del desencantado desencantador, es un ingrediente crucial en buena parte de las vocaciones sociológicas... Y el sacrificio que el riguroso método exige es por ello de lo más costoso.)

No hay riesgo de sobreestimar la dificultad y los peligros cuando se trata de pensar el mundo social. La fuerza de lo preconstruido reside en el hecho de que, estando escrito tanto en las cosas como en las mentes, se presenta bajo el manto de lo autoevidente que pasa desapercibido porque por definición se da por sentado. La ruptura requiere una *conversión de la mirada de uno* y es posible decir acerca de la enseñanza de la sociología que primero debiera "dar nuevos ojos", como han dicho a veces los filósofos iniciáticos. La tarea es producir, si no una "nueva persona", al menos una "nueva mirada", *un ojo sociológico*. Y esto no puede hacerse sin una genuina conversión, una *metanoia*, una revolución mental, una transformación de la propia visión del mundo social en su totalidad.

Lo que se llama "ruptura epistemológica",⁴⁹ es decir la puesta entre paréntesis de las preconstrucciones habituales y de los principios comúnmente en funcionamiento en la elaboración de dichas construcciones, a menudo presupone una ruptura con modos de pensar, conceptos y métodos que tienen a favor toda la apariencia del *sentido común*, del sentido ordinario, y del buen sentido científico (todo aquello que la tradición positivista dominante honra y reverencia). Ustedes seguramente com-

⁴⁹ La noción de "ruptura epistemológica" (como la de "perfil epistemológico"), que muchos lectores angloamericanos asocian con Althusser (o con Foucault) se origina con Gaston Bachelard y ha sido utilizado muy extensamente por Bourdieu mucho antes del apogeo del marxismo estructuralista (nótese el estatuto de pivote que se le da en Bourdieu, Chamboredon y Passeron 1973, originalmente publicado en 1968).

prenderán que, cuando uno está convencido, como yo, de que la tarea más decisiva de la ciencia social, y por tanto de la enseñanza de la investigación en ciencias sociales, es establecer como norma fundamental de la práctica científica la conversión del pensamiento, la revolución de la mirada, la ruptura con lo preconstruido y con todo aquello que lo apuntala en el orden social —y en el orden científico—, se está condenado a la sospecha permanente de querer ejercer un *magisterium* profético y exigir una conversión personal.

Agudamente consciente de las contradicciones específicamente sociales de la empresa científica tal como he tratado de describirla, cada vez que juzgo un trabajo de investigación, suelo preguntarme a mí mismo si debiera tratar de imponer la visión crítica que a mí me parece la condición necesaria de construcción de un objeto científico genuino, poniendo en movimiento una crítica del objeto preconstruido que probablemente parezca un *coup de force*, una suerte de *Anchluss* intelectual. Esta dificultad es muy seria porque en las ciencias sociales el principio de los errores casi siempre se funda, al menos en mi experiencia, en disposiciones socialmente constituidas así como en miedos y fantasías sociales. De manera que siempre es difícil pronunciar públicamente un juicio crítico que, más allá de las prácticas científicas, toque a las disposiciones más profundas del habitus, aquéllas íntimamente ligadas a los orígenes sociales y étnicos, al género y también al grado de consagración académica previo. Tengo en mente aquí la humildad exagerada de algunos investigadores (más frecuente entre las mujeres que entre los hombres, o entre aquellos que provienen de un trasfondo social “modesto”, como decimos a veces) que no es menos fatal que la arrogancia. En mi opinión, la postura correcta consiste en una combinación altamente improbable de una determinada ambición, que lleva a uno a adoptar una mirada amplia (*à voir grand*), y la modestia indispensable para enterrarse en el más completo detalle del objeto. Así, el director de investigación que realmente quiera cumplir su función tendrá a veces que adoptar el papel de confesor o gurú (en

francés, decimos “director de conciencia”), un papel bastante peligroso, que no tiene justificación, bajando de nuevo a la realidad a quien “ve demasiado a lo grande” e inyectando más ambición en quienes se dejan atrapar en la seguridad de emprendimientos fáciles y humildes.

De hecho, la ayuda más decisiva que el investigador novato puede esperar de la experiencia es aquella que lo anime a tomar en cuenta, en la definición de su proyecto, sus condiciones reales de realización, es decir, los medios que tiene a su disposición (especialmente en términos de tiempo y competencia específica, dada la naturaleza de sus experiencias sociales y de su formación) y las posibilidades de acceso a los informantes y a la información, documentos y fuentes, etc. Con frecuencia, es sólo en la conclusión de un prolongado trabajo de socioanálisis, a través de toda una secuencia de fases de sobreinversiones y desposeimientos, que el ajuste ideal entre un investigador y “su” objeto puede lograrse.

La sociología de la sociología, cuando adopta la forma muy concreta de la sociología del sociólogo, de su proyecto científico, de sus ambiciones y omisiones, de sus audacias y miedos, no es un *supplément d'âme* o una especie de lujo narcisista: la toma de conciencia de las disposiciones, favorables o desfavorables, asociadas a los propios orígenes sociales, con su trasfondo académico y de género, ofrece la oportunidad, aun si es limitada, de llegar a controlar tales disposiciones. Incluso así, son incontables los trucos de las pulsiones sociales, y hacer una sociología del propio universo a veces puede ser otra manera, más perversa, de satisfacer de manera indirecta esos impulsos reprimidos. Por ejemplo, un ex teólogo que se hizo sociólogo puede experimentar una especie de regresión y empezar a hablar como teólogo o, peor aún, usar la sociología como un arma para establecer sus pasadas posiciones teológicas. Lo mismo puede ocurrir con un ex filósofo: también él corre el riesgo de encontrar en la sociología de la filosofía el modo encubierto de librar las guerras filosóficas por otros medios.

5. Objetivación participante

Lo que he llamado *objetivación participante* (que no hay que confundir con la observación participante)⁵⁰ es sin duda el ejercicio más difícil de todos porque requiere de un quiebre con las adherencias y adhesiones más profundas e inconscientes, aquellas que a menudo confieren a los objetos el "interés" que tienen por ellos quienes los estudian (es decir, aquello que menos quieren conocer sobre su relación con el objeto que tratan de conocer). Es el ejercicio más difícil pero también el más necesario porque, como intenté hacerlo en *Homo academicus* (Bourdieu 1988a), el trabajo de objetivación toca en este caso un objeto muy peculiar dentro del cual están inscriptos algunos de los determinantes sociales más poderosos de los principios mismos de aprehensión de cualquier objeto posible: por un lado, el interés específico asociado a ser miembro del campo académico y a ocupar una posición específica en dicho campo, y por el otro, las categorías socialmente constituidas de percepción del mundo académico y del mundo social, categorías del entendimiento profesoral que, como dije antes, pueden proporcionar el fundamento de una estética (por ejemplo el *art pompier*, el arte académico) o de una epistemología (como la epistemología del resentimiento que, haciendo de una necesidad una virtud, valora siempre las pequeñas prudencias del rigor positivista contra toda forma de audacia científica).

Sin tratar de explicar aquí todas las enseñanzas que una sociología reflexiva puede extraer de tal análisis, me gustaría sugerir tan sólo una de las suposiciones mejor escondidas de la empresa científica que el trabajo sobre dicho objeto me forzó a descubrir y cuya consecuencia inmediata —prueba de que la sociología de la sociología es una necesidad, no un lujo— fue un mejor conocimiento del objeto en sí. En una primera fase

⁵⁰ Sobre esta noción, véase *El sentido práctico* (Bourdieu 1990a), *Homo academicus* (Bourdieu 1988a), Bourdieu 1978a, y la parte 2, sección 1 del presente volumen.

de mi trabajo yo había erigido un modelo del espacio académico como un espacio de posiciones vinculadas por relaciones de fuerza específicas, a la manera de un campo de fuerzas y al mismo tiempo un campo de luchas por preservar o transformar dicho campo de fuerzas. Pude haberme detenido allí, pero algunas observaciones que había hecho en el pasado, en el curso de mi trabajo etnográfico en Argelia, me sensibilizaron hacia el "epistemocentrismo" asociado con el punto de vista académico. Además, me vi forzado a revisar mi empresa debido a la incomodidad que en el momento de publicarla me producía el sentimiento de haber cometido una especie de deslealtad al elevarme como observador por encima de un juego que aún estaba jugando. Entonces experimenté de un modo particularmente punzante lo que estaba implícito en la pretensión de adoptar la postura del observador imparcial, ubicuo e invisible al mismo tiempo en tanto se disimula detrás de la impersonalidad absoluta de los procedimientos de investigación, capaz por ende de adoptar un punto de vista cuasidivino sobre colegas que al mismo tiempo son competidores. Al objetivar la pretensión de posición regia que convierte a la sociología en un arma *en* las luchas internas al campo en lugar de un instrumento de conocimiento *de* tales luchas, y por ende del propio sujeto cognoscente que, no importa lo que haga, nunca deja de librarlas, me di a mí mismo los medios para reintroducir en el análisis la conciencia de las presuposiciones y prejuicios asociados con el punto de vista local y localizado de alguien que construye el espacio de los puntos de vista.

La conciencia de los límites de la objetivación objetivista me hizo descubrir que existe, dentro del campo social, y particularmente dentro del mundo académico, todo un nexo de instituciones cuyo efecto es tornar aceptable la brecha entre la verdad objetiva del mundo y la verdad vivida de lo que somos y hacemos en él (todo aquello que los sujetos objetivados suscitan cuando confrontan el análisis objetivista diciendo que "las cosas no son así"). En este caso, existen por ejemplo sistemas colectivos de defensa que, en universos donde todos luchan por

el monopolio sobre un mercado en el que todos los consumidores de uno son también sus competidores y la vida es por tanto muy dura,⁵¹ nos permiten aceptarnos a nosotros mismos al aceptar los subterfugios o gratificaciones compensatorias ofrecidos por el medio ambiente. Es esta *doble verdad*, objetiva y subjetiva, la que constituye toda la verdad del mundo social.

Si bien vacilo un poco, me gustaría evocar a manera de ilustración final una presentación hecha aquí hace algún tiempo sobre un debate televisivo postelectoral,⁵² un objeto que, debido a su aparente facilidad (todo lo referido a él se presta de inmediato a la intuición inmediata), presenta muchas de las dificultades con las que un sociólogo puede tropezar. ¿Cómo hemos de ir más allá de la descripción inteligente, esa del tipo siempre expuesto a "ser redundante con el mundo" (*faire pléonasme avec le monde*), al decir de Mallarmé? Es grande el peligro, en verdad, de reafirmar en un lenguaje distinto aquello que los agentes involucrados ya han dicho o hecho y extraer significados de primer grado (hay una dramatización de la espera de los resultados, hay una lucha por el significado de los resultados, etc.), o ya fuera simple o pomposamente identificar los significados que son el producto de intenciones conscientes, que los agentes mismos podrían declarar si tuviesen tiempo y no temieran mostrar su juego. Pues estos últimos saben muy bien —al menos en la práctica, pero cada vez más de modo consciente— que en una situación donde lo que está juego es imponer la representación más favorable de la propia posición, la aceptación pública del

⁵¹ Esto es lo que Bourdieu (1985d) llama el "mercado de producción restringida", en oposición al "mercado generalizado" donde los productores culturales someten sus obras a un público amplio.

⁵² En la noche de cada elección nacional los principales canales de televisión francesa organizan programas especiales en que prominentes políticos, politólogos, periodistas y comentaristas políticos interpretan y debaten los resultados estimados de la votación y su significación para la evolución política del país. Esos programas son casi universalmente identificables por los telespectadores franceses y constituyen un medio de acción política de influencia creciente.

fracaso, como acto de re-conocimiento, es imposible de hecho. Saben también que, para hablar con propiedad, los guarismos y sus significados no son "hechos" universales, y que la estrategia que consiste en "negar lo obvio" (el 54 por ciento es mayor que el 46 por ciento), si bien pareciera destinada a fracasar, conserva un grado de validez (el partido X ganó pero el partido Y no perdió en realidad: X ganó pero no tan limpiamente como en elecciones previas o por un margen menor del que había sido anunciado, etcétera).

¿Pero es esto lo que realmente importa? Aquí la cuestión del quiebre se plantea con especial prominencia dado que el analista está contenido dentro del objeto de sus competidores en la interpretación del objeto, y estos competidores pueden incluso invocar la autoridad de la ciencia. Se plantea de forma particularmente aguda porque, en contraste con lo que ocurre en otras ciencias, una mera construcción, incluso una descripción construida —es decir, una determinada a capturar los rasgos relevantes y sólo esos— no tiene el valor intrínseco que asume en el caso de la descripción de una ceremonia ritual secreta entre los hopis o de la coronación de un rey en la Edad Media: la escena ha sido vista y *entendida* (en cierto nivel y hasta cierto punto) por veinte millones de telespectadores, y el registro da una lectura de ella cuya precisión no puede igualar ninguna transcripción positivista.

De hecho, no podemos escapar de la serie indefinida de interpretaciones mutuamente refutables —el hermeneuta está envuelto en una lucha entre hermeneutas que compiten por tener la última palabra sobre un fenómeno o un resultado— a menos que realmente construyamos el espacio de las relaciones objetivas (*estructura*) que expresan los intercambios comunicacionales que observamos directamente (*interacción*). La tarea consiste en captar la realidad escondida que se vela a sí misma al develarse y sólo se ofrece a los observadores bajo la forma anecdótica de la interacción que la oculta. ¿Qué significa todo esto? Ante nuestros ojos tenemos un conjunto de individuos designados por sus apellidos, el señor Amar, periodista, el señor

Rémond, historiador, el señor X, politólogo, y así sucesivamente, que intercambian, como solemos decir, declaraciones aparentemente pasibles de un "análisis del discurso" y donde todas las "interacciones" visibles al parecer proporcionan las herramientas necesarias para su propio análisis. Sin embargo, la escena que se desata en el estudio de televisión, las estrategias que los agentes despliegan para ganar el combate simbólico por el monopolio de la imposición del veredicto, por la reconocida capacidad de decir la verdad sobre la cuestión en juego en el debate, son la expresión de relaciones objetivas de fuerza entre los agentes involucrados o, para ser más preciso, entre los distintos campos en los que están implicados y en los que ocupan posiciones de diversa reputación. En otras palabras, *la interacción es la resultante visible y puramente fenoménica de la intersección de campos jerarquizados.*

El espacio de interacción funciona como una situación del mercado lingüístico y podemos descubrir los principios que subyacen a sus propiedades coyunturales.⁵³ Primero, se trata de un espacio preconstruído: la composición social del grupo de participantes está determinada de antemano. Para comprender qué puede ser dicho y especialmente *qué no puede ser dicho* en el estudio, uno debe conocer las leyes de formación del grupo de hablantes, quiénes quedan excluidos y quiénes se excluyen a sí mismos. La censura más radical es la ausencia. De manera que debemos considerar las relaciones de representación (tanto en el sentido estadístico como en el sentido social) de las diversas categorías (género, edad, ocupación, educación, etc.) y por ende las chances de acceso al habla, medidas por la cantidad de tiempo que utiliza cada uno. Una segunda característica es la siguiente: el periodista ejerce una forma de dominación (coyuntural, no estructural) sobre el espacio de juego que ha construido y donde desempeña el papel del árbitro que impone normas de "objetividad" y "neutralidad".

⁵³ El concepto de mercado lingüístico se explica en Bourdieu 1990f y en la parte 2, sección 5.

Sin embargo, no podemos detenernos aquí. El espacio de interacción es el *locus* donde se lleva a cabo una intersección entre varios campos. En su lucha por imponer la interpretación "imparcial", es decir, por hacer que los espectadores reconozcan la suya como la visión objetiva, los agentes tienen a su disposición recursos que dependen de su membresía en campos objetivamente jerarquizados y de su posición dentro de los respectivos campos. En primer lugar, tenemos el campo político (Bourdieu 1981a): en tanto están directamente implicados en el juego y por tanto directamente interesados y así se los ve, se percibe de inmediato a los políticos como juez y parte, sospechosos siempre de proponer interpretaciones interesadas, sesgadas y por ende desacreditadas. Ocupan distintas posiciones del campo político: se ubican en este espacio por su membresía en un partido pero también por su estatus en el partido, su notoriedad, local o nacional, su atracción pública, etc. Luego tenemos el campo periodístico: los periodistas pueden y deben adoptar una retórica de la objetividad y la neutralidad, con la asistencia de los "politólogos" cuando sea menester. Luego tenemos el campo de la "ciencia política" dentro de la cual los "politólogos mediáticos" ocupan una posición bastante desprovista de glamour, si bien gozan de un prestigio considerable del lado de afuera, especialmente entre los periodistas a los que dominan estructuralmente. Le sigue el campo del mercado político, representado por los anunciantes y consultores mediáticos que revisten sus evaluaciones de los políticos de justificaciones "científicas". En último lugar está el campo universitario propiamente dicho, representado por especialistas en historia electoral que se han "especializado" en el comentario de resultados electorales. De tal modo que encontramos una progresión desde los más "comprometidos" a los más desapegados, estructural o estatutariamente: el académico es el que tiene más "distancia", más "desapego". Cuando llega a producir una *retórica de la objetividad* lo más eficaz posible, como es el caso en estos programas de noticias postelectorales, el académico goza de una ventaja estructural sobre todos los demás.

Las estrategias discursivas de los diversos agentes, y en particular los efectos retóricos que apuntan a producir una fachada de objetividad, dependerán del balance de fuerzas simbólicas entre los campos y de los recursos específicos que la membresía en dichos campos conceda a los distintos participantes. En otras palabras, se articularán según los intereses específicos y activos diferenciales que los participantes posean en esta particular lucha simbólica por el veredicto "neutral", en virtud de su posición dentro del sistema de relaciones invisibles que prevalece entre los diferentes campos en los que operan. Por ejemplo, el politólogo tendrá una ventaja como tal sobre el político y el periodista, debido a que se le acredita más fácilmente una objetividad y porque tiene la alternativa de apelar a su competencia específica, es decir, su manejo de la historia electoral para hacer comparaciones. Puede aliarse al periodista, en cuyo caso reforzará y legitimará sus pretensiones de objetividad. La resultante de todas estas relaciones objetivas son relaciones de poder simbólico que se expresan en la interacción bajo la forma de estrategias retóricas. Son estas relaciones objetivas las que determinan en su mayor parte quién puede cortar a quién, hacer preguntas, hablar largamente sin ser interrumpido o desatender a las interrupciones, etc., quién está condenado a estrategias de negación (de intereses y de estrategias interesadas), a negativas rituales a dar respuesta o a fórmulas estereotipadas, etc. Podríamos avanzar un poco más y demostrar cómo el hecho de someter a análisis las estructuras objetivas nos permite explicar las particularidades del discurso y de las estrategias retóricas, las complicidades y antagonismos, así como las jugadas intentadas y producidas (en suma, todo aquello que el análisis del discurso cree ser capaz de comprender sobre la base del mero discurso).

¿Pero por qué es tan difícil el análisis en este caso? Sin duda porque aquellos a quienes el sociólogo pretende objetivar son sus competidores por el monopolio sobre la objetivación objetiva. De hecho, según los objetos que estudie, el sociólogo estará más o menos alejado de los agentes y cuestiones en

juego que observa, más o menos directamente envuelto en rivalidades con ellos y por ende más o menos tentado de entrar en el juego del metadiscurso bajo el manto de la objetividad. Cuando el juego que se analiza consiste, como en este caso, en emitir un metadiscurso acerca de todos los demás discursos —de los políticos que proclaman alegremente la victoria electoral, del periodista que pretende ofrecer un informe objetivo sobre la distancia entre los candidatos, del "politólogo" y el especialista en historia electoral que pretenden ofrecernos una explicación objetiva del resultado mediante la comparación de los márgenes y tendencias con las estadísticas pasadas y presentes—, allí donde se trata, en una palabra, de ponerse a sí mismo *meta*, por encima del juego, a través de la sola fuerza del discurso, es tentador usar la ciencia que analiza las estrategias desarrolladas por los distintos agentes para asegurar la victoria de la propia "verdad" para decir la verdad del juego y así asegurarse la victoria. Sigue siendo la relación objetiva entre la sociología política y la "politología mediática" o, para ser más preciso, entre las posiciones que los observadores y los observados ocupan en sus campos respectivos y objetivamente jerarquizados, lo que determina la percepción del observador, especialmente imponiéndole puntos ciegos que resultan indicativos de sus propios intereses creados.

La objetivación de la relación del sociólogo con su objeto es, como deja ver este caso, condición necesaria del quiebre con la predisposición a investir su objeto, que sin duda se encuentra en la raíz de su "interés" por el mismo. En cierto sentido, es preciso renunciar al uso de la ciencia para intervenir el objeto con el fin de estar en posición de realizar una objetivación que no sea la visión meramente parcial y reduccionista que uno puede adquirir, estando dentro del juego, del otro o los demás jugadores, sino más bien la visión abarcadora que se adquiere de un juego que es posible captar como tal por haberse retirado de él. Sólo la sociología de la sociología —y del sociólogo— puede darnos un determinado dominio de los objetivos sociales que es posible perseguir por medio de las metas

científicas que buscamos de manera inmediata. La objetivación participante, que podría postularse como la forma más alta del arte sociológico, sólo se realiza en la medida en que se la practique sobre una objetivación lo más completa posible del interés implícito en objetivar inscripto en el acto de participar, como así también sobre la puesta entre paréntesis de este interés y de la representación que sustenta.

Apéndice 1

Cómo leer a Bourdieu

Para el principiante, encontrar una entrada a la extensa obra de Bourdieu plantea el tortuoso problema de por dónde empezar. La siguiente estrategia refleja mis preferencias personales y aquello que los participantes del Seminario sobre Pierre Bourdieu que organicé encontraron efectivo (sólo se incluyen escritos en inglés y se ha dado preferencia a los textos breves por sobre los largos). El orden del listado, de lo más (meta)teórico y conceptual a lo más empírico es algo arbitrario, puesto que Bourdieu rara vez separa la epistemología, la teoría y el trabajo empírico, pero es útil como indicación aproximativa del énfasis de los artículos. En general, se aconseja a los lectores leer atravesando dominios empíricos, alternar textos más teóricos con otros orientados más empíricamente, y, sobre todo, entender a Bourdieu en sus propios términos antes de "traducirlo" a léxicos más amables porque el estilo y la sustancia de sus argumentos están íntimamente ligados.